

SARA GALLARDO

ENERO



se

La pertenencia de Sara Gallardo a la alta burguesía nacional no es un dato aleatorio a la hora de comprender y valorar su obra. Su inteligente y sensible mirada pone al descubierto relaciones de dominación, prejuicios y manipulaciones de clase que aparecen en sus obras como datos esenciales de la trama. Gallardo habla de lo que sabe, desde dentro; es una escritora que conoció de primera mano estos personajes que se cruzan en las fronteras sociales y culturales de una Argentina que miraba todavía hacia el siglo XIX. Las relaciones entre patronos y peones o puesteros, es decir, entre señores y siervos de resabio feudal, están mostradas magistralmente y en la exacta medida de las necesidades del relato. Sin maniqueísmos de «buenos» o «malos», los personajes, buenos o malos, viven en la historia portando cada uno su propio y evidente significado.



Sara Gallardo

Enero

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2018

Sara Gallardo, 1958

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





5



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre



I

«Hablan de la cosecha y no saben que para entonces ya no habrá remedio —piensa Nefer—; todos los que están aquí, y muchos más, van a saberlo, y nadie dejará de hablar». La angustia le nubla los ojos y lentamente dobla su cabeza, mientras con la mano arrea modestos rebaños de miguitas por el hule gastado de la mesa. Su padre acaba de decir algo sobre la cosecha y estira la mano pidiendo el repasador que enjuga por turno manos y bocas, y que la madre le pasa, atropellando en su prisa un perro que aúlla y se refugia bajo el banco. Al caminar, su sombra pasa sobre las de los comensales, que la luz de un farol fija en los muros. «Va a llegar el día en que mi barriga empiece a crecer», piensa Nefer. Los bichos vibran, aletean y caen contra el farol, vuelven a trepar por la lata, vuelven a quemarse y a caer, y nadie la mira inmóvil en su rincón mientras comen inclinados sobre los platos y oyen de vez en cuando las frases que don Pedro cambia con el turco, que acaba de soltar los caballos del carro y traga su sopa resoplando.

—Vacas overas —dice el turco—, como cien... lindas...

—¿Dónde dice que las cruzó, Nemi? —pregunta doña María.

—En el cruce, más o menos. Irían para la feria, digo yo...

—Sí, mañana hay feria... Pero ¿de quién serán?... ¿Vos no sabes, Juan, quién pensaba mandar hacienda para mañana?

Juan bosteza y clava sin oírla unos ojitos lacrimosos en el farol.

—¡Juan!

—¡Sí, señora!... —hace poco que trabaja en el puesto y no le gusta parecer sonso.

—Te estaba preguntando quién mandarían hacienda, vacas overas, dice, a la feria...

Nefer piensa que hay bastante distancia entre la mesa y su cuerpo, pero que ha de llegar el momento en que le sea difícil pasar costeando el banco hasta su sitio. «Pero entonces no vendré a comer... Quién sabe si para entonces no estaré muerta...» y se imagina rodeada de flores y gente triste, y al Negro apoyado en la puerta con la cara seria y los ojos por fin puestos en ella. «Sin embargo, más bien mirará a la Alcira», reflexiona con desaliento, y las ganas de morir se le pasan contemplando a su hermana que se rasca pensativamente un brazo, mientras espera que el turco acabe de comer para llevarse el plato.

Las sombras trepan por la pared rugosa y se unen a la oscuridad del techo donde la paja se estira, lisa como un peinado. Alcira prende la radio y pasa de onda en onda hasta que se detiene en una audición cómica donde un falso italiano mantiene un diálogo a alaridos.

Como quien habla junto a una catarata, don Pedro reanuda la charla con el turco:

—Así que caro se vendió, ¿no?

—Caro sí, bastante, pero como yo digo, si la cosecha es buena barato le va a salir...

«La cosecha, es imposible que llegue sin que se sepa». Un grito fuerte sube, se detiene en sus dientes y vuelve a bajar sin haber salido. Tomar aire un momentito no más, salir de esta cocina donde el calor del farol baña las caras y la radio hace vibrar el aire, y doña María ríe con Alcira de los chistes de los actores. Pero para salir tiene que hacer levantar a los que están como ella sentados en el banco de espaldas a la pared, y además explicar por qué quiere salir. No, cualquier cosa antes que

llamar la atención; tal vez tomando vino se sienta mejor. Alarga el brazo, toma la botella que don Pedro acaba de dejar, la lleva a sus labios y bebe cerrando los ojos; después empuja la ventanita que se abre a su lado y un poco de aire fresco le da en la cara. Inclinandose busca la luz lejana de «Santa Rosa», pero no ve más que el follaje de un árbol vecino.

«Si el Negro supiera que es suyo, que es suyo, tal vez me miraría, tal vez me querría y se casaría conmigo, tal vez nos iríamos los tres en un sulky a un puesto, lejos, a vivir para siempre».

«Pero no es suyo... Sí, sí, es de él, de él... No, no es suyo... Pero es culpa del Negro, es culpa». ¿Qué puede hacer una chica, sola en el campo, en un campo tan ancho y tan verde, todo horizonte, con trenes que se van a ciudades y vuelven quién sabe de dónde? ¿Qué puede hacer?

Las ricas son otra cosa. Piensa en Luisa, que a esta hora se sentaría en el comedor de la estancia. Su madre había dicho: «Éstas son todas así, se revuelcan con cualquiera pero nadie se entera. Se las saben arreglar». ¿Sería cierto? Pero ella, ella, Dios, ella, ¿qué había hecho? Nada, no se acordaba, no importaba, era como un sueño, y ahora, entre toda esta gente tranquila en medio de la vida está ella con angustia y miedo.

Porque no se puede volver atrás, el tiempo viene y todo crece, y después de crecer viene la muerte. Pero para atrás no se puede andar.

Y el Negro, cuando supiese, cuando allá en el puesto, la Edilia dijera —y vaya si tenía la lengua afilada, y vaya si reiría— y el Negro tal vez sonriese, tal vez hiciera una broma —no, ah no, y era su culpa, era culpa del Negro, porque ella ni sabía cómo había sido, pero era culpa del Negro.

Piensa que hubiera sido posible no conocerlo, y entonces es como si volviera a rodearla el día que lo vió por primera vez. Siente de nuevo la liviandad del aire que un vientito alegraba. La familia entera fué a la doma porque hacía mucho que no se organizaba una con premios tan altos. Su primo, un rubio flaco de piernas chuecas, tenía probabilidades de salir vencedor. Nefer se recuerda achicando los ojos para verlo montar. Vuelve a ver el cuerpo sacudido sobre el recado y ese brazo indeciso que no se atrevía a revolver el rebenque. Detrás de ella alguien había dicho:

—Lindo premio va a ganar si sigue castigando tan fuerte...

Varias risas festejaron la gracia. Nefer, humillada en su primo, giró con desprecio la cara para enfrentar al burlón. Y cuando lo vió, con la pierna indolente cruzada en el recado y el cigarrillo en la boca, bajó los ojos. Fué la primera vez que vió al Negro Ramos, pero su fama de jinete lo precedía.

—¡Nefer! Te están hablando, ¡si será posma! ¿Estás dormida?

Al mirar ve los grandes bigotes de Nemi Bleis inclinados sobre ella y para no pensar en el rato que le habrá hablado sin que lo oyera, fija los ojos en la red de venitas que cruza la nariz del turco.

—¿Cómo decía? —pregunta.

—Si le dió buen resultado el género que le vendí la otra vuelta para el casamiento de su hermana; el floreadito, ¿se acuerda?

—Sí, cómo no, bueno resultó, sí.

Bueno resultó el casamiento de la Porota, cuando empezó su desgracia. Qué no iba a recordar la fiesta en casa, el día de calor, los asadores entre el galpón, y el corral, el Negro llegando en el alazán que domaba. Había deseado el casamiento de la Porota por él, había cosido su vestido para él, y antes todavía, cuando el turco llegó con su carga de mercaderías, había elegido el genero floreado porque pensó que a él le gustaría.

Poner remiendos en las bombachas rotas de sudor y roce de estriberas es feo; zurcir camisas es aburrido, pero el vestido, el vestido mil veces pensado, probado, deshecho y rehecho, con su forma definitiva apareciendo entre las manos, el vestido es otra cosa.

Recuerda cómo se dispuso a plancharlo, con qué atención llenó la plancha de brasas y la sacó al patio para que el aire las avivara.

Si no fuera porque en la estancia «El Retiro» habían llamado a un cura para la misa de un santo, los novios hubieran debido casarse en la ciudad. En el micro habrían ido, algún miércoles, muy derechos, con el vestido de la Porota colgado en una percha. Pero por la venida del cura podían casarse en la capilla, frente al boliche, y la fiesta se haría en la casa. Porota y Alcira habían ido a la ciudad para hacerse la permanente y volvían hechas unos carneritos, mientras ella planchaba. Lo recuerda muy bien; había planchado ese vestido con tanto cuidado. Pensarlo daba ganas de llorar.

Todo el tiempo había esperado, y de pronto, entre dos o tres jinetes lo vió venir con su gran cuchillo de plata cruzado en la cintura. El trote hacía tintinear las monedas de su cinto resplandeciente y Nefer, ah, la Nefer cebando mate para las visitas junto a su hermana, ella no miró, volvió la espalda, se quemó las manos con el agua que vertía, pero oyó —durante un rato no fué más que oídos— cómo desmontaba, cómo ataba el caballo, las bromas que cambió con los amigos, los pasos con que cruzó el patio para entrar en la cocina y saludar. Cuando llegó su turno respondió muy rápido: bieniusté, y después le ofreció el mate con los ojos bajos.

Llegó el almuerzo, servir a los invitados, ir y venir, el calor, las brasas latiendo en el suelo junto a los asadores que goteaban; los hombres se inclinaban a cortar lentamente sus pedazos; había vino, había empanadas —toda la víspera amasaron con la madre y las primas—, el sol golpeaba sobre el patio de tierra, las caras estaban rojas bajo la sombra de los talas, Jacinto se puso a tocar en el acordeón una música alegre que llenaba el aire de la mañana. Pero ella, Nefer con la fuente de empanadas o el fuentón de carne, Nefer con el vino o partiendo galleta, tenía ojos en la espalda, en los brazos, en la nuca, en todo el cuerpo, y sin mirarlo vió constantemente al Negro. Lo vió en cuclillas entre algunos amigos, comiendo con su gran cuchillo la presa de carne, un bocado y otro, limpiamente y sin prisa, sonriendo una vez y hablando otras.

Todo el día pasó así, con el Negro por centro. Pero junto al Negro estaba Delia.

Si Nefer no tuviera las uñas gastadas hasta la carne por el trabajo; si no fuera hermana de la novia; si no fuera ella misma, ¡cómo hubiera despedazado a desgarrones esa cara, ese cuerpo odiado, cómo hubiese terminado con esa risa de chajá! Molida a golpes la hubiera hecho rodar por tierra, la hubiera atado del pelo a la cola de un potro, la hubiera colgado de los pies, desnuda sobre el fuego, y al fin carbonizada, deshecha, hubiera dado su polvo a los caranchos, a los perros, a las comadreas y a los zorros. Ah, Delia, hija de bolichero, desenvuelta y cuidada.

Como esas cicatrices pálidas que un esfuerzo vuelve de pronto rojas, la cara de su abuela se iluminaba en su sangre. Apenas la conocía y sin embargo estaba viva en ella. Su abuela vagando por las lagunas de Carhué y los campos arenosos, niña en las tolderías del Oeste; su abuela oscura y sin canas, muerta a los cien años, sabia en terribles palabras. Mamá no hablaba de ella porque su sangre había llegado de Italia con sus padres; papá no necesitaba mencionarla y las nietas tampoco.

¿Qué es el día, qué es el mundo cuando todo tiembla dentro de uno? El ciclo se pone oscuro, las

casas crecen, se juntan, se tambalean, las voces suben, aumentan, son una sola voz. ¡Basta! ¿Quién grita así? El alma está negra, el alma como el campo con tormenta, sin una luz, callada como un muerto bajo la tierra.

Nefer va con el mate en la mano. En el galpón bailan hace rato y ella bailó con muchos en la luz fuerte de los faroles. Ahora corre, huyendo. Nicolás, el que trabaja en las vías del tren, le dice «Nefer», cruzado, enorme en su camino. Ella se detiene.

—¿Qué llevás ahí? ¿Mate?

Nefer lo mira y no ve su cara, no ve sus bigotes, ve a Delia con el Negro, bailando y riendo. Dice sí, lo mismo hubiera dicho no. El hombre dice:

—¿Me convidas?; tengo sed.

—Está seco, hay que cambiar la yerba.

Por su cara bajan lágrimas, pero no lo sabe. El hombre tomó vino, tiene olor, ella lo vio esa tarde riendo y hablando.

La toma por un brazo y las espinas del monte se incrustan en su espalda. El hombre tiene bigotes y olor a vino, hace calor, las ramas de los árboles son un mundo, el Negro está con Delia, el hombre suda, hace calor, me ahogo, ah Negro, Negro, qué me has hecho, mirá mi vestido, era para vos. Durante meses esperé este día para invitarte...

Dos botellas entrechocan cuando don Pedro empuja la mesa para que el turco salga con más comodidad. La comida ha terminado y Juan se levanta murmurando «buen provecho» mientras limpia sus dientes con la punta del cuchillo.

Nefer espera que el banco quede vacío para salir; su madre vierte agua hirviente en una palangana llena de platos y cubiertos enjabonados que Alcira seca y guarda a medida que se van limpiando, y Nefer toma un trapo y barre en lentos círculos las sobras dispersas en la mesa haciéndolas correr hasta el borde, donde caen al suelo y perros y pollos se las disputan.

—A ver, ché, buscá algo en la radio —dice la madre, porque la audición cómica se ha transformado en una gran música que cede su lugar a una novela llena de suspiros.

—Ésa —dice Alcira—, dejala. Es la Caudia Reyes.

Nefer la deja y vuelve al trapo, pero pronto lo suelta y sale a la noche, se toma de un árbol y vomita: Una fuerza dolorosa la tuerce, nubla sus ojos y arde en su garganta, y la angustia late en sus oídos. Lejos, un tren pasa interminablemente por la llanura en sombras.

«Morir —piensa—; más me valiera», y respira anhelante bajo el susurro del árbol. Desde allí ve a Nemi Bleis entrando con sus mantas en el cuarto donde Juan se desviste a la luz de una vela, y a don Pedro que da la vuelta a la casa en última vigilancia. El cuadro de luz que la puerta de la cocina forma sobre el patio queda interferido por una sombra gruesa.

—¡Nefer! —grita doña María—, ¡Nefer!

—¡Ya voy!

Antes de entrar da vuelta la cabeza y mira al horizonte, a la lucecita inmóvil de «Santa Rosa» donde el Negro estaría acabando su comida. Más al Oeste, el monte de la estancia duerme como un gran barco sombrío, protector de los montecitos de los puestos, que uno tras otro apagan sus luces y se van fundiendo con el llano.

II

Prefiere esperar de pie en el blando sol de la mañana, que la señora aparezca con sus innumerables palabras que surgen entrechocándose, y no entrar en la cocina donde tantas personas le ofrecerán cosas y la harán sentar.

Piensa que hoy eso que la llena y ahoga golpearía contra las paredes y volvería a ella insoportablemente, y prefiere recostarse en el árbol, parada en la tierra que a partir de sus pies corre sin variaciones hasta el horizonte, y dejar que sus ojos se queden en cada pelo, en cada cambio del lomo del perro que acaricia.

Más allá no. No por el parque y las flores, no por la llanura, no por las ventanas de la casa mirando si alguien asoma: nada más que este quedarse en lo inmediato.

La cocinera sale:

—¡Ché —grita—, dice la señora que entres, que la esperes acá!

—No, gracias —contesta a media voz—; estoy bien aquí, estoy...

—Vamos, que te doy un pan con manteca. ¿Qué vas a hacer ahí con el perro? No hay que ser terca, nena.

Deja el perro y se aproxima, con la ramita que usó de fusta bajo el brazo.

—¿Y esto? Dejalo afuera, no necesito basura adentro.

Abandona la ramita y entra. Ya conoce el olor de la cocina, con la mucama zurciendo medias junto a la ventana, el mucamo lustrando cubiertos como un imperturbable poste pálido, la cocinera con el delantal a cuadros sobre la panza grasosa.

—Buenos días —murmura.

—Buenas.

—Sentate, nena.

Es extranjera en esta gran cocina roja a donde la ha llamado su madrina, la señora Mercedes. ¿Para qué? Ya nada le interesa más que esto que llena sus días y sus noches como un hongo negro y creciente, y que tal vez se le nota en los ojos, fijos en las alpargatas usadas como en dos barquitos grises sobre la baldosa, o en sus manos cruzadas en el regazo, o en su pelo quemado por la permanente.

—¿Vos sos la Alcira, la Porota o la otra? —dice la mucama.

—La Nefer, soy.

—Mirá que estás pálida, ¿eh?, que sos delgada... ¿Por qué no aprendes de tu hermana?

Sonríe apenas, una escasa sonrisita seria y se mira las manos, curtidas y cruzadas consolándose una con la otra.

—¿Qué señora te mandó llamar?

—Doña Mercedes, que me dijo de venir hoy.

—Ah, porque la señora mayor está enferma. Tomá, comé a ver si te ponés más rosada.

—Gracias.

La puerta se abre y Luisa, con pañuelo al cuello y un libro en la mano, asoma y entra.

—Buenas —dice—; ¿qué tal, Nefer?

—Bieniusté, Luisa.

—Buenos días, niña Luisa —dice didácticamente el mucamo.

Ella se sienta sobre la mesa y cruza las piernas, enfundadas en unos pantalones con los que, como dice el padre de Nefer, «parece un tero flaco».

—¿Cómo están por tu casa? —pregunta.

—Bien están, gracias, mandan recuerdos.

—Gracias. ¿Tu padre está haciéndome el rebenque?

—No sé, no.

—Eso quiere decir que no. Ya voy a ir por allá para hacerle acordar.

—Cómo no, vaya no más —Nefer sonríe.

—Por favor, ¿qué hora es? —dice Luisa.

—Las diez, niña.

—Ah, bueno, tengo tiempo, hasta luego —y se va. Nefer vuelve a sonreír. Muchas veces, desde el puesto, mira pasar a Luisa galopando rodeada de perros.

Masca lentamente y el gusto de la manteca le da cierta esperanza.

—Ay, nena, podrías lavarte las manos antes de comer —dice la mucama—; mirá que roña —y Nefer mira sus cinco uñas negras sobre el borde del pan.

La voz de doña Mercedes precede su llegada y Nefer se apresura a tragar; cuando la puerta se abre deja con cierta torpeza el pan sobre el hule de la mesa y se pone de pie. Doña Mercedes aparece como una esfera con dos paréntesis rosados de brazos.

—¿Cómo estás, m'hija? —dice—; seguí comiendo no más. Tu familia bien, ¿no? Hace poco fué tu cumpleaños, ¿no es cierto? ¿Cuántos cumpliste?

—Dieciséis cumplí, señora.

—Dieciséis, es cierto, Alcira dieciocho, ¿no? ¿Y Porota? ¿Cómo está? ¿No espera familia?

—No sé, señora.

Los zapatos de la señora vienen del jardín y están bordeados de barro. Un barro limpio, piensa Nefer; es raro, pero limpio.

—Tres meses que se casó, ya podría haber novedades, ¿eh?, —la señora ríe y pone una mano con dos anillos sobre su pecho gordo.

—Y... —dice la cocinera— hay que andar con cuidado, la vida está cara... —y lanza una carcajada que parece diez cacerolas rebotando contra el suelo. El mucamo se levanta con dignidad y se retira; la señora se burla de él con un guiño y sigue su charla:

—Así que todos bien, ¿eh? Bueno, mirá, te preparé este regalito de cumpleaños ya que soy tu madrina.

—Gracias, señora —murmura y no se atreve a mirar el paquete blando que tiene entre las manos —; ¿por qué se molestó?

—Al contrario, encantada. ¿Has visto? Mañana empieza la misión —el corazón de Nefer se espesa—; tu madre ya sabe. Estuve allí, ah claro, también estabas. Irán todos, me imagino; bueno, ya sabés. ¿Vos trabajás temprano? ¿Hacés el tambo?

—Sí, señora.

—Bueno, entonces podés tomar algo bebido como desayuno antes de comulgar. Be-bi-do, ¿eh?

Nada de galleta; algo caliente, café con leche o mate para no sentirte débil; ya se lo dije a tu madre. No sé qué sacerdote vendrá pero seguramente será tan bueno como todos. Hiciste tu primera comunión, ¿no? Sí, ya me acuerdo. Bueno, a portarse como buenos cristianos, ¿eh? A cumplir, ya que es solamente una vez por año que tenemos la suerte de tener aquí a Nuestro Señor, ¿eh?

Nefer siente que el cuarto da vueltas y aprieta entre las manos el paquete crujiente. Las reglas de urbanidad inculcadas por la madre le han impedido abrirlo, pues el regalo se agradece sea lo que sea. Pero doña Mercedes quiere ver la impresión, toma el paquete, lo deshace sobre la mesa y despliega una tricota roja con botones de vidrio.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

A Nefer le parece sublime pero logra que su cara no exprese la alegría.

—Sí señora, gracias. —Piensa que se la pondrá mañana, que el Negro la ha de ver... pero vuelve a ensombrecerse, el hongo negro a hincharse en ella hasta la garganta, y mira cómo la señora mide la manga sobre su brazo.

—Ahora sí que vas a estar linda —dice la cocinera mientras doña Mercedes rehace el paquete y Nefer, con los brazos colgando, la deja hacer casi sin verla.

Después se va, esquivando los cardos con lentitud, y sus ojos trepan por la crin como por un cepillo polvoriento, llegan a las orejas impasibles de mansedumbre, vuelvan a bajar a la cruz donde un grueso copete cuelga sobre el cuello.

Antes, cuando era alegre —ahora sabe que lo fué— su mirada corría lejos, iba de un monte, de un molino, a una tropilla lejana, a un sulky por el camino. Ahora no, los ojos se han vuelto pesados como el alma, y si le preguntaran qué ve diría mi mano, el tenedor, la rienda, el plato y nada más. Pero a decir verdad ni esto ve. Ni siquiera esto.

Lleva el paquete delante de sí, sobre la lana del cojinillo donde va crujendo a cada paso del caballo. En el camino se ven huellas innumerables que el viento borra a medias como si pasara una gran mano blanca. Las orejas del tordillo se avivan buscando el rumor de un auto que los pasa dejando una estela de polvo mientras un brazo saluda por la ventanilla. «Luisa —piensa Nefer— va a comprar cigarrillos...» y mira las manitas de su caballo alterándose presurosas sobre el camino.

Cuando llega a la tranquera desmonta y descorre el áspero palo que un alambre traba y ha pulido a fuerza de roce, arrastra los hilos enredados y pasa sorteando el barro que las vacas del tambo producen durante la noche. En el potrero verdeamarillo chillan y revolotean los teros y reluce al sol el agua de una lagunita erizada de juncos.

Nefer monta de un salto. Entonces recuerda una idea de la noche y talonea el caballo. «Tal vez si galopo mucho». Al final de la huella está el monte del puesto y por no llegar dobla hacia el cardal, galopa entre las vacas adormiladas espinándose las piernas, esquivando hormigueros, espantando perdices que se levantan con alas susurrantes y silbidos de miedo. El caballo es lerdo pero ella lo anima a talonazos con el paquete apretado en una mano y la rienda apremiante en la otra; enfila el bajo y entra al galope en el agua que salpica relumbrando sus piernas y su cara y queda en gotas sobre la crin del caballo. Los duraznillos se quiebran chasqueando y los juncos cabecean a su paso. El galope revuelve de barro el agua y su ruido se hace seco cuando del otro lado sale a la tierra.

Nefer vuelverienda hacia la casa y sus dientes se descubren cuando sonrío; ha olvidado el

motivo del galope y jadea riendo: «Estás gordo, eh matungo. ¿Estás cansado?», mientras los teros trazan círculos volando y chillando a su alrededor.

Cerca del galponcico está el carro de Nemi listo para partir, como una casita azul y roja con ruedas. El turco ha abierto la puerta para guardar una valija y Nefer ve los estantes llenos de cajas y ropa doblada.

—¿Se va?...

—Sí. Lástima que llega ahora. Su hermanita ha estado mirando mucha cosa linda. ¿No necesita nada? Tengo unos peines que no cortan el cabello, linda mercadería.

—Y, no necesito nada por ahora. ¿Ella le compró? —Hilo de coser, muy lindo, blanco...

El turco cierra la puertita, echa llave al candado, escupe y pisa su escupida con la alpargata. Nefer recuerda un día en que le oyó contar historias de su patria, y cómo un santo hacía el milagro de inundar de sangre su sepulcro. «Ustedes nos llaman turcos y los turcos son nuestros peores enemigos —decía—; mi familia toda fué degollada por los turcos; ¿qué le parece?».

Era rico según doña María, tenía una tienda en la ciudad y se pasaba el año recorriendo el campo con sus mercaderías; llevaba un revólver en el carro y al fin de la jira volvía a su casa con varios miles de pesos.

Mirándolo hacer sus preparativos, Nefer siente una especie de ternura.

—Y ahora, ¿para dónde va, Bleis? —pregunta.

—Voy a ver si sigo un poco. Ya es tarde, ya. Uno de los caballos —lo palmea— se pasó para el potrero grande y dió mucho trabajo encontrarlo. Vaya a saber qué querría...

Nefer desmonta y voltea el cuero del lomo del caballo, Juan se acerca:

—No lo soltés, Nefer, que me hace falta...

—¿Y ese paquete? —grita Alcira desde un concilio de gallinas—. ¿Te regalaron algo?

Nefer va desenvolviendo el regalo, que aparece sus dobleces de nuevo.

—Ajá —murmura doña María—, bonito... ¿Cuánto le habrá costado, digo yo?

—Y... vaya a saber... —reflexiona Alcira—. Total ¿qué le importan unos pesos de más...? Lindo color, ¿no? Digo yo: ¿para qué me dice que me queda lindo el colorado para regalarte después a vos...?

—Y... es mi madrina...

—Ajá —considera la madre refregando las manos en el delantal—; y decime... ¿sos vos la que has andado vomitando anoche?...

—¿Quién? ¿Yo? ¿Y por qué había de vomitar?...

—Porque han ensuciado un rebenque que quedó afuera...

—¿Y por qué había de ser yo?... También podía ser un perro, ¿no?... o cualquiera...

—No sé, no, media rara andas vos también, vaya a saber qué mosca te ha picado... Ahora vasa ir a comprar carne, que no hay nada para el almuerzo...

Algo se ilumina dentro de Nefer, tal vez el Negro se haya demorado en el boliche. Tal vez lo encuentre... Pregunta con cierto temor:

—¿No era que Juan salía...?

—No, Juan se queda a arreglar la pata de la mesa... ¿Qué...? —Juan aparece montado—. ¿Te vas...? ¿No ibas a arreglar la mesa...?

—¿Y cómo, señora? ¿No dijo que precisaban carne...?

—Sí, pero va la Nefer; si no, ¿cómo me arreglo con la mesa rota?

—Y bueno, señora, usted manda. Como guste, entonces —desmonta silenciosamente alargando rienda y rebenque a Nefer.

—Un momentito, Juan, ya vengo.

Nefer entra en la casa y se mira en el espejo, saca un peine incrustado en una cola de vaca y se lo pasa por el trozo de pelo libre de permanente; un instante más se mira vacilando, y luego va a la cocina, de donde sale con una bolsa bajo el brazo.

—Listo... —toma riendas y rebenque de manos de Juan y monta de un salto.

—Un encargue, Nefer —dice él—. «Particulares fuertes» —saca el dinero, lo cuenta y se lo alarga—. Gracias, ¿eh?

Nefer sabe que la ilusión de un rato de charla en el boliche se ha desvanecido tristemente del alma de Juan.

—Chau —dice, talonea el caballo, lo pone al galope y se va.

La llanura está verde y calma bajo el sol y los montes se estiran como una flota. Al fondo del camino oscurea el pueblo, que consiste en dos boliches y unos ranchos brotados cerca de la estación, de donde Nefer ve partir varios carros de tambero como juguetes con los dueños por mástil. Los reconoce por la dirección y caballos que llevan, y calcula sus probabilidades ver al Negro. Son pocas, porque generalmente es el hermano quien trae la leche, y porque ya es tarde.

«Si ellos llevaran la leche a la fábrica y no al tren, sería más fácil verlo...». Las zanjas que bordean el camino están llenas de agua, pues no hace mucho ha llovido, y una tropilla pasta entrando y saliendo de ellas. Es ordinaria y desapareja, y pertenece a tres hermanos que viven en un rancho rodeado de escaso campo, por lo que la dejan suelta para ahorrar pasto. Nefer les tiene simpatía a pesar de que su madre usa gran parte del tiempo en criticarlos. No hace mucho que un vecino les envenenó un perro y ellos se vengaron castrando todos los de él.

«Vascos locos —piensa—; ¡que los tiró...!» Arranca un mechoncito de lana del cojinillo, se lo mete en la boca y masca. Es una costumbre que su padre ha luchado por quitarle, con el resultado de que lo haga cuando no la ve, pues es raro que coincidan a caballo. Hace diez años que don Pedro sufrió una rodada que lo mandó al hospital y desde entonces, por un tácito derecho, dejó de trabajar. «No, don Pedro se quebró...» dice la gente, y esto nimba de prestigio su oscura y delgada figura que matea en la cocina de su casa. Algunos días ensilla el caballo y se llega al boliche, donde bebe y conversa pulidamente, pero en general lo pasa en el puesto, sobando con lentitud unos tientos o trenzando algo, con unas manos como raíces, hábiles en conocer y curar las enfermedades de los caballos.

Nefer admira a su padre y teme a su madre, cuyo cuerpo triplica el de don Pedro. «La Alcira va a ser como ella», piensa, y se reanima.

Varios chimangos se afanan con silenciosos revoloteos sobre una osamenta que asoma entre el agua de la zanja. «Pobre bicho...». Trata de imaginar la sensación de caer agotada junto al camino, sin fuerzas para reaccionar bajo los gritos y rebencazos de los reseros, y cerrar los ojos para morir oyendo alejarse los mugidos rodeados de silbos, hasta quedar sola en la noche con los grillos, las luciérnagas y los ladridos lejanos.

—Pobre bicho —repite mientras va entrando al pueblo por el camino polvoriento donde unos perritos salen a ladrarla desde el primer rancho. El caballo tuerce por hábito hacia el boliche, frente al que espera el auto de Luisa, pero Nefer lo fuerza a continuar hasta la carnicería, casilla de lata frontera a la estación. Desmonta deseando que no haya demasiada gente. Al pasar ha visto que el carro del Negro no está frente al boliche.

—Otro día vivido para nada... —piensa empujando la puerta de tela metálica de la carnicería. Cuando entra, cuatro o cinco compradores que esperan en incómodo silencio se vuelven a mirarla.

—... Día... —dice a media voz.

—... Día...

—Buenas...

Siempre le produce el mismo ahogo ese cuartito de aire dulzón, con las reses colgadas y el mostrador grasoso. Por la tela metálica de las ventanas entra un día irreal y las moscas caminan no se sabe si por dentro o por fuera. Un vasco silencioso y alto observa cómo el carnicero prepara su pedido, y un viejito bigotudo masca un pucho con una boina incrustada hasta los ojos. Cerca de Nefer, una chica espera mirando el suelo; han sido compañeras de escuela y entre ellas se produce una tensión que se resuelve en saludo simultáneo:

—Qué hacé.

—Qué decí.

Luego siguen en silencio, con los ojos fijos en las manos grasientas del carnicero que maneja los trozos sin miramientos haciéndolos palmear con ruido de cachetadas sobre el mármol, donde su cuchilla corta y el serrucho gruñe contra los huesos.

El vasco recibe su parte, alarga la libreta donde el carnicero anota el gasto, saluda y se va. El viejito de la boina avanza y dice algo, entonces la puerta se abre y aparece Luisa:

—Buen día; ¿me preparó el paquete?

—Si señorita, aquí está.

—Gracias; adiós.

—Adió.

Nefer piensa que sería fácil para el carnicero anotar de más en la libreta mensual de «Santa Clara», como asegura su madre.

Cuando la chica hace su pedido, Nefer observa el vestido decolorado sobre la espalda estrecha y las trencitas despeinadas cruzándose en la nuca, y piensa que con ella la unen cierta apariencia de menor edad y esa especie de abandono que Alcira y doña María critican tanto. Y junto con esto, como si el pensamiento hubiera brotado en zona demasiado cercana del otro, una marea angustiosa la inunda con la realidad de su desgracia; la impotencia sube a su garganta, y como si el tiempo se hiciera sólido le parece oírlo, con su corriente impasible confabulada con su propio cuerpo que la traiciona y deja a merced de los días. Aprieta los dientes y siente que de su cara se retira la sangre dejando como olvidada la piel sobre los huesos. «No, no ha de suceder, no ha de suceder...». Sus sentidos tienden hacia el interior, al enemigo vigilante que imagina como a dos ojos incansables. «No puede ser...». El carnicero le está hablando:

—¿Te sentís mal, Nefer?

Ella se sobresalta:

—¿Mal? No... ¿Por qué mal...? Calor tengo, no más... —y alarga precipitadamente bolsa y libreta sin saber lo que hace ni lo que dice— asado, y si no hay, entraña, lo mismo es...

Cuando sale es casi mediodía y la sombra se ha hecho mínima alrededor de las casas. Desata el caballo, pone la bolsa delante del cojinillo y monta de un salto.

—No ha de quedar así... No ha de quedar así... He de ir... ¿adónde...?, a lo de... Sí. He de ir a lo de...

Pone el caballo al galope y mira sin ver el grupo de muchachos que juegan a la pelota en la cancha pegada al boliche, cuyos paletazos y voces resuenan amplificadas.

Las hojas de los árboles y los molinos están inmóviles en el aire del verano y un perro acostado en la zanja la mira con el lomo embarrado. La puerta de la capilla está cerrada. «Mañana... la misión... confesarse...». El corazón se le aprieta de miedo. Alguien que no es ella piensa en ella:

«Me queda esta tarde y voy a ir... No sé cómo, tengo que lavar la ropa y tenderla... No sé cómo... pero voy a ir...».

III

Nefer oye el crujido de la cama en que su madre se deja caer con un suspiro, y al oírlo piensa en la sacudida experimentada por el cuerpo liviano de don Pedro, bajo el que rechinan los elásticos. Contempla a Alcira que duerme desabrochada y descalza con un brazo sobre la frente húmeda; luego se pone las alpargatas y sale atando un pañuelo bajo su barbilla. Deslumbrada, frunce los ojos y cruza el patio ardiente.

En la sombra del monte, donde están mudos casi todos los pájaros, dejó el caballo atado con una lonja larga que le permite pastar; en su lomo termina de secarse el agua que volcó sobre el sudor que hacía cuadro bajo el cojinillo. Antes de ensillar, lo palmea.

—¡Pobre matungo! —murmura—; ¡pobre viejo! Cuánto tiene que trabajar hoy, ¿eh?

Descuelga la cabezada y lo enfrena poniéndose en puntas de pie, pero el caballo retira la cabeza, harto de gestos invariables.

Monta y parte al paso, agachándose y esquivando las ramas espinosas de los talas. Al salir del monte la envuelve el calor que vibra en la siesta y los anchos potreros amarillos.

—Han de ser como las dos... Para las tres puedo estar allá...

Talonea y sale al galope, buscando el pasto donde las pisadas se amortiguan. No quiere pensar en el fin de su viaje, en esa vieja que no ha visto nunca y en la que pone su esperanza. Sus ojos miran una por una las cosas, que cobran importancia desmedida. «Cardo —piensa—, cardo, perdiz, bosta, hormiguero, calor», y luego escucha —un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro— el golpe de las patas en el suelo. Lentamente, el sudor aparece tras las orejas del caballo y corre en hebras oscuras por su cuello, donde el roce de las riendas forma una espuma sucia. Vocecitas, vocecitas, hablan a Nefer, que sigue indiferente. «Vaca —piensa—, una vaca overa, otra y otra. Ésa está asoleada. Teros. Dos teros y un pichón grande. ¡Qué fuerte gritan!».

El camino es una inmensa lengua desierta. Nefer mira su sombra galopando en el suelo, corrige su posición, muda la postura del brazo, tuerce la cabeza por ver las alteraciones que produce en ella. El sudor va estriando el anca del caballo y comienza a bajar por sus patas; Nefer se mira la palma de la mano, donde la tierra oscurea en cada pliegue.

—Tordillo —dice a media voz—, mañana no trabajas, ¿eh? Te voy a dar maíz sin que sepan. ¿Te gusta? Mañana descansás... Mañana que empieza la misión y... —de un golpe desvía el pensamiento, pero el gusto amargo le queda en el alma.

Después de caminar a través de potreros y de pasar las vías del tren, y de no encontrar a nadie durante más de una hora, cuando los pastos se hacen ralos sobre la tierra cenicienta y el sudor ha puesto azul el caballo, Nefer descubre el rancho en el horno traslúcido del día. Al verlo se le apoca el corazón.

Lejos, donde los talas forman una ceja oscura, vive con su familia la hermana de don Pedro. Pero ahora no piensa en ellos, no tiene más preocupación que este rancho aplastado junto al gran eucalipto seco cerca del que nada se mueve.

—¿Para qué habré venido?

Un gran deseo de su casa la llena de pronto. Se sorprende de la cantidad de nociones que su

memoria ha guardado sobre la gente que viene a ver, esa familia en que los apellidos se entrecruzan en forma inaclorada, donde un tío practicaba magia negra y cuya abuela es curandera.

Nefer cierra la mano sobre la rienda húmeda y pasa la lengua por sus labios. Luego apaga el alma y continúa el camino, que hace una curva antes de llegar.

Un sulky avanza hacia ella, oscuro a la distancia. «Tal vez se vayan al pueblo y la vieja quede sola en la casa. Entonces sería fácil. Pero ¿y si la vieja va en el sulky?».

Al levantar los ojos, el sulky está frente a ella y el corazón le da un vuelco: sus tíos sofrenan la marcha tironeando las riendas.

—La Nefer —dice una voz que llena el aire—; ¿qué andás haciendo por aquí...?

—¿De visita, venías...? Y justo cuando nos vamos...

—Lástima... pero ¿y cómo te has venido con toda la calor...? ¿O pasa algo?

Nefer mira la rueda del sulky, y alguien contesta en ella:

—No... pasar, no pasa nada, no pasa...

—Pero ¡y con toda la calor!... ¡Mirá cómo viene ese caballo!

La ría la mira con unos ojos que clarean como lagunas en su cara. Su cuerpo emerge apenas junto al del marido, que ocupa casi todo el sulky.

—¿Y Pedro? ¿Cómo está? ¿Bien? ¿Y María? ¿Y las chicas?

—Bien están, tía, sí, gracias...

Siglos de astucia cuajan en Nefer y salen sosteniendo sus palabras, mientras siente en las piernas el jadeo del tordillo. Su tío la observa desde la sombra del chambergo y al sonreír los dientes le relumbran bajo el bigote.

—Mirá la ocurrencia de venirte con toda la calor... ¿Y cómo no has esperado la fresca...? Como gringo has traído el matungo, ¿no? ¿O traías alguna noticia?

—Y, no, tío, pero tenía trabajo y luego se hace tarde para volver. La patrona me mandó venir para avisarles de la misión, que empieza mañana, empieza.

—Ajá, sabíamos, la patrona vino a avisarnos el otro día. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Y... me voy a llegar allá, a lo de Borges, así doy el aviso y me refresco un poco antes de volver. La tía se mira las manos, luego dice:

—Ya están avisados. No vale la pena que vayas.

—Y, no importa. Me llego y les aviso... Tengo el bicho cansado —sonríe.

—Si es por descansar el caballo podés ir hasta las casas, que está todo abierto, está.

—Voy a ver si cumplo, si no la patrono se va a enojar...

—Es raro que te haya mandado venir habiendo venido ella misma. Hacé como quieras pero no te demorés. Mirá que no es gente buena.

—No, ya sé. Chau.

—Chau.

Sigue su camino y al acercarse los cascos suenan sobre la tierra seca. Un perro sale a ladrar, pero el rancho parece dormir con el techo echado sobre los ojos. El perro ladra y ladra, y por fin se decide a olfatear cautelosamente las patas del caballo. Nefer vacila, golpea las manos, pero se arrepiente y pasea con aprensión la mirada por el contorno seco de olor a tierra ardiente. «¿Para qué habré venido?». Pasa la mano por el sudor de su barbilla, e inclinando la cabeza mira sus piernas,

que hamaca el vientre del caballo.

De golpe vuelve la cara y ve que alguien la está mirando a una distancia. Ve la camisa, la boina, y el brazo apoyado en un poste del alambrado, y un lento malestar la invade porque ha reconocido a uno de los nietos de la vieja Borges. Son dos hermanos a quienes siempre ha visto en posturas extrañas, alternando sus voces gatunas en frases que la hacen sentir mal. Como si estuviera cerca compone la cara de duende pálido, los huidizos ojos y las manos que se mueven como las algas en los tanques.

A medida que se acerca a éste, que no distingue del otro, siente una gran nostalgia de la frescura de su casa, y recuerda una tarde de su infancia en que visitaron a los tíos con Alcira, y en que los dos Borges, con sus pequeñas caras de baba puestas en las rodillas y las manos aferradas a las bombachas, pasaron más de una hora mirándolas sin pausa, cambiando de vez en cuando un cuchicheo o diciendo una saboreada palabrota.

Tratando de no mirarlo, saluda:

—Tardes...

—Tardes... ¿Qué querés?

Mientras lo dice se inclina, pasa un alambre por el poste, tira, estira y anuda en diestras vueltas de pinza, y el cuello se le dobla incoloro dentro del pañuelo. A Nefer le da un vuelco el corazón cuando descubre fija en ella la mirada que creyó atenta al trabajo. Señalando vagamente la casa, tartamudea:

—¿Hay alguien...?

Él vuelve a inclinarse y el alambre suena, cortado.

Nefer ve unos pelos en la mejilla acuosa y su corazón golpea penosamente. El silencio se estira y él vuelve a mirarla con una sonrisa torcida. Dice, con voz de tero:

—¿Por qué? ¿Necesitas a alguien? —y demora sobre ella sus ojos verdes, lleno de una pálida exaltación burlona.

El campo vacila en torno a Nefer, que aprieta la mano sobre el cojinillo y por ganar tiempo pregunta:

Él se inclina riendo, luego dice:

—No hay que andar a caballo, entonces...

Los ojos de Nefer no ven más que un sol blanco que gira y gira lleno de esa voz, y respirando apenas murmura de nuevo:

—¿Qué...? —y finge rascarse la nariz hasta que el mundo se asienta.

—Aunque sí —dice él—, hay que andar a caballo entonces... Hay que galopar mucho... ¿eh?

Con una carcajada tiple sigue alambrando. Las manos se le enredan de excitación. Nefer no encuentra pretexto para alejarse y vuelve a murmurar:

—¿Hay alguien allí?

—Alguien, alguien; ¿a quién venís a ver? ¿Qué alguien? Si querés ver a la abuela, decilo. ¡Si, sí está la bruja! Si querés ver al otro, al otro ahí, se está muriendo, si querés saber, si querés verlo. ¡Ja! En el galpón, con las patas en el aire. ¡Sí! Está también, si querés verlo. ¿O quién, alguien? ¡Decí, nombrá a quién!

Al hablar retrocede y su pie se engancha en el rollo de alambre. Nefer lo ve trastabillar y caer, y

de pronto la furia lo gana, castiga la tierra con los puños, convulso saca el cuchillo y lo hunde una, dos, tres veces en el suelo hasta que una especie de alarido rompe por su boca y lo sacude todo.

Una voz grita desde la casa:

—¿Quién está? —y una mujer con delantal aparece en la puerta.

Nefer tira rápidamente las riendas y va hacia el rancho dejando que los gritos se transformen en carcajadas rotas, y la voz diga y rediga:

—A caballo hay que andar cuando se es puta, cuando se es puta, puta y reputa, a caballo, sí.

La mujer es gorda y su voz se descarrila en clarinazos.

—¿Qué hacés, Nefer? —saluda—; bajá no más. Desmonta pensando qué haría con tales hijos, y al dejar el caballo a la sombra una especie de alivio comienza a descansarla.

—¿Qué hacés? Pasá.

—Bieniusté. Bueno.

La cocina es chica y oscura. Nefer se acerca a una vieja que desgrana maíz en un rincón.

—Buenas cardes —musita.

—¿Cómo estás? Sentate no más.

—Bueno.

Se sienta en un banco y la vieja prosigue su trabajo de modo desconocido para Nefer, pues raspa las mazorcas contra una vara de hierro cruzada en el cajón, Jo que produce un ruido de serrucho. La gorda se agacha, y tratando de no despertar al gato, recoge de bajo la cocina unos palitos que mete entre las brasas; pone la pava sobre el fuego y espera con los brazos cruzados. Los ojos de Nefer van y vuelven a ver la cara blanca que vacila y cae y la mano asestando puñaladas en la tierra. Una palabra oída hace mucho se forma en su boca: «Maldito. Nació maldito. Y el otro también».

De pronto recuerda el cuento de aquel hombre en cuyo techo caían ladrillazos día y noche, hasta que mandó decir al tío de los Borges «que si seguía con su “mágica” lo pagaría caro». Con lo que cesó el apedreo. Sobresaltada, ve que la gorda está frente a ella.

—¿Gustás?

Toma el mate y da una chupada, mientras las mujeres hablan entre sí.

—¿Durmió? —cuchichea la vieja.

—Y... creo que sí... Por lo menos parece tranquilo, parece.

—Vaya a saber...

«¿Quién se está muriendo? ¿Quién se está muriendo?», piensa Nefer. Devuelve el mate y responde a las preguntas sobre su familia diciéndose que si no habla pronto ya no habrá remedio. La angustia vuelve a pesarle.

La gorda se asoma a la puerta en actitud de escuchar. Nefer ve al marido que sale con el pelo parado y pone la cabeza bajo el chorro de la bomba. «Siesta larga», deduce.

De pronto se le enfría la sangre porque muy cerca ha aullado la voz que oyó en el campo, esta vez sonando desde el lado opuesto al que estaba el muchacho. Las mujeres se miran y la gorda sale precipitadamente.

La vieja murmura:

—¿Ves que no dormía? Pobrecito...

En el patio, el hombre ha dejado de lavarse y mira hacia los cuartos con el pelo goteándole la

cara. La voz gime: «No. No». Luego ríe roncamente. «O llora», piensa Nefer. Se oye hablar a la gorda como tranquilizando.

La vieja mueve la cabeza y Nefer la observa con atención: tiene brazos y piernas escuálidos y sus manos deformes dejan caer con descuido los granos de maíz. «No haber venido. No haber venido. No haber venido».

La mujer gorda vuelve a la cocina y su suegra pregunta:

—¿Cómo está?

—No quiere compresas, dice. No quiere nada. Yo no sé... Todo negro tiene el cuello...

—Hay que ver...

Vuelve a menear gravemente la cabeza. Por el patio llegan unos llantos que parecen quejidos de perro.

Alguien pregunta algo a Nefer, que se encuentra dando otra vez el aviso de la misión. «Están malditos. El hermano ha querido ahorcarse. Eso es».

Un leño cae de la cocina y se rompe en brasas relucientes. Nefer retira los pies y la gorda barre. «Me levanto y me voy. Luego de este mate. Me levanto, digo adiós, y me voy».

Hasta que no deja de pensarlo no se halla de pronto de pie y diciendo:

—He de volverme, ya.

—¿Te vas...? Así, ¿con la calor...? —pero no hay mucho interés en detenerla. Se despide de la vieja y acompañada por la otra sale al día, que ha cobrado cierta liviandad. Ve, blanca al sol, la camisa lejana del muchacho que sigue alambrando.

Cuando llega al caballo alguien la nombra, y volviéndose, ve a la vieja en el umbral de la cocina. Es más alta de lo que pensó, y el vestido cuelga derecho de sus hombros.

—Te llama —dice la gorda.

Nefer vuelve sobre sus pasos y llega hasta la vieja, que tiene los ojos relumbrantes y una dentadura de muchacha en la cara de cera barrosa.

—¿Señora? —murmura temblando.

Los ojos de la vieja se vuelven la sola realidad de la tarde. Bajando la voz, pregunta:

—¿Algo más, querés...?

Nefer aferra la tela de su vestido para no marcarse y caer dentro de esos ojos.

—¿Qué...? —dice.

—¿No querés nada de mí? ¿No quisieras algo...? ¿Alguna cosa...?

El mundo está en esa cara: el mundo con sus caminos, sus huellas y los sembrados, los surcos, los tijos, las nubes.

—Yo...

Una corriente sube en Nefer y antes que sepa qué contestar dice:

—Yo, señora... No... Gracias... No.

La vieja responde mirando el campo enorme:

—Como quieras, pues... Adiós —y vuelve a entrar.

Cuando está sobre el caballo, Nefer se siente casi en su casa.

IV

Tal vez fuera mejor sentarse, rechazar las mantas, recostar la espalda en la pared rugosa, pasar la mano por la frente y el pelo húmedos, cerrar los ojos. Era demasiado intrincada la trenza de ruidos en la oscuridad, con el pesado tictaqueo del despertador, la respiración de Alcira, los ronquidos de los padres a través de la puerta, los perros inquietos en la noche, los gallos próximos y lejanos, el propio corazón bombeando subido a la garganta que se asfixia, y encima de todo, pasando por el cuarto sin interrupción, pasando por la noche, pasando por el mundo, el tiempo cargado de cosas que llegan y pasan, llegan y pasan pero no pueden apartarse.

Nefer esconde la cara en sus manos y es como si se asomara a su miedo. Su hermana se vuelve en el catre y el rumor que produce la sobresalta; y los murmullos entran en sus oídos, laten en su cabeza, bajan luego, y unidos al corazón patean todos los huesos de su pecho.

Se sienta al borde de la cama y sus pies rozan los ásperos ladrillos en busca de las alpargatas. Afuera, un perro se acuesta contra la puerta y la estremece. ¿Qué hora es? Retira una manta de la cama, se cubre los hombros, y tendiendo el brazo camina hacia la puerta.

No es fácil perderse en ese cuarto donde no hay más que una cama de hierro, un catre y una mesa, pero esta noche nieblas y remolinos suben por el cuerpo e invaden la cabeza, y los sentidos tienden hacia adentro, no guían los pasos, que se extravían. Nefer palpa la pared de adobe y no halla la puerta. Sin embargo debía estar acá, justo acá, a cuatro pasos de la cama, ¿cómo es que...? ¿En qué cuarto estamos, o no es Alcira quien respira, o no son ronquidos esos alternados rumores que suenan, o no...?

Vuelve a recorrer la pared con la mano y un poco de cal se desprende y cae sobre sus pies. El perro se rasca y estremece la puerta desde un sitio inesperado para Nefer. Si la puerta está allá, significa que tatea la pared donde cuelga el almanaque. ¿Cómo pudo llegar aquí?

Sujetando la manta con la mano, extiende la otra y avanza paso a paso por el cuarto que se ha transformado en un enemigo oculto en la tiniebla, atento a confundirla con obstáculos, a improvisar una pared ante su cara.

Pero esta vez, llamada por la puerta sacudida, Nefer llega a ella, y cuando su mano la reconoce, con el pequeño pestillo flojo y la pintura lisa e irregular sobre las tablas, el cuarto se rehace a sus espaldas. Agachándose con cautela, levanta sin ruido el pasador, empuja la puerta que cede a medias, vuelve a empujar y sale. A sus espaldas mueren el tic-tac, el miedo y los ronquidos, porque en el patio está la noche, y su frío y dulce olor llena la tierra.

El perro lame sus pies y agita con la cola la manta que la envuelve: lentamente, como un tren que pasara lejano, suena el largo gemido del molino trabado que la brisa inquieta, y los grillos con las ranitas transforman el aire en una inmensa vibración.

En la noche pesada de estrellas Nefer mira hacia el sur, al bultito apenas más oscuro que el monte de «Santa Rosa» forma contra el cielo y donde desde las tres brilla, roja, la luz del tambo. Pero es temprano aún para verla. Tal vez sea medianoche. Tiritando, deja el corredor, avanza por la tierra apisonada del patio y se apoya en un árbol. Lejos, gritan los teros transmitiendo sus agrias alarmas.

Respira profundamente, y el miedo que la oscuridad mantuvo encerrado bajo la piel, sale por sus ojos en la mirada que reconoce objetos y distancias, como salió por sus manos cuando hallaron la puerta, y al salir la alivian del nudo que la ahogaba. ¿Cuánto faltará para las tres? Aquí en el puesto se levantan a las cuatro porque la estación queda a una legua y es posible entregar la leche a tiempo para el tren, pero en «Santa Rosa» comienzan antes porque la distancia y el número de vacas son mayores.

Tantos meses hace que dirige la mirada hacia el sur, que casi ha olvidado que él campo se extiende en las demás direcciones. Algunas veces se levanta a hurtadillas para esperar el instante en que el farol se enciende como una estrella roja y sin ver sabe en qué momento el hermano del Negro arrea por el potrero oscuro, y en qué momento el Negro amarra las vacas, u ordeña, o carga los tarros en el carro. Sabe todo lo que allí sucede como si viviera en «Santa Rosa», entre las paredes de adobe hermanas de las de su casa, bajo el techo que el Negro rehizo con paja nueva.

El perro la lame y este calor cercano vuelve sus pensamientos a sí misma, y con ellos la congoja. Es un peso demasiado grande para soportarlo de pie bajo el cielo inmenso, y Nefer se acuclilla, apoya la cara en el pelo lanoso del perro y cierra los ojos. Siente que eso es de ella, esa lana, ese calor, ese olor, y no la noche con el vasto olor a hierba amarga de la llanura y el espolvoreo mudo de estrellas.

Cuando cierra los ojos es como Si los abriera a su interior, donde crece y vigila su desdicha, y apretando los dientes hunde más la cara en el cuello del perro. Pero no llora. «Desgraciada. Soy desgraciada. Más me valiera estar muerta. Sí. Más me valiera. Más me valiera morirme ahora mismo. Capitán. ¿Capitán?».

Capitán se rasca de modo inhábil y bosteza con un gritito como un silbido, entonces ella lo agarra por dos mechones de pelo y sacude hasta que los dientes le entrechocan. Capitán es su amigo y cree que está jugando, pero ella sacude en él a la gran confabulación que la cerca: su desdicha confabulada con el tiempo, confabulado con su cuerpo, todos contra ella sola, unidos como un triple gigante impávido.

—Capitán, vos no sabés nada y yo no sé qué hacer. Yo pensé: «Tal vez si me subo a caballo y galopo mucho, tal vez si trabajo muy bruto, tal vez si me duermo muy profundamente podré despertarme sin nada... Yo pensé que si iba a casa de, de alguna persona me podría... a casa de... Tal vez si Dios me ayuda... ¿Dios? ¿Y si rezo? ¿Y si rezo un avemaría y tres credos y sucede un milagro? Tal vez el señor Dios me esté asustando para que rece más porque no soy rezadora. Pero pocos rezadores hay, y a ninguno le pasan estas desgracias. La Delia, por ejemplo, no ha de ser muy buena, y tal vez Dios la castigue. Tal vez se le enrede el pelo en un talar y se quede días y noches gritando sin que la oigan, o se le dispare la yegua del sulky y la voltee con las patas por el aire justo cuando el Negro esté mirando, y esté yo cerca también, y el Negro me mire y nos riamos juntos, y ya después seamos amigos, y en los bailes yo sea la más linda y él venga derecho a sacarme a bailar, y ella nos vea y se reviente de envidia, y no tenga más remedio que ir a nuestro casamiento, y para casarme me haré un vestido de raso con cola larga, y guantes puestos, y entonces, así...».

Dobla la cabeza y algo duro, que lastima la garganta e impide las lágrimas, permite que un gemido largo salga entre sus dientes y suene amortiguado en la lana del perro.

Cuando Nefer despierta, Alcira acaba de salir dejando entreabierta la puerta por donde una lonja de noche fría entra en el cuarto.

Un gallo canta sus ácidas escalas, otro lo imita y otro contesta más lejos.

«Hoy —piensa—, la misión».

Su cara se hace impasible pero hasta el aire le parece amargo. Calza con trabajo los pies en unas gruesas botas, y abrigándose, sale al patio sobre el que pesan las estrellas. Maquinalmente mira al horizonte donde ha aparecido ya la lucecita; en la oscuridad se aleja y aproxima el galope del caballo de Juan que junta las vacas con gritos y chiflidos.

Nefer tiene un escalofrío y cruza los brazos; por la puerta de la cocina ve a Alcira, que mal iluminada por una vela prende un fuego de marlos de maíz, y a don Pedro que sale del monte abrochándose las bombachas. En el corral suena el ruido sordo del palo y la vibración del alambre con que Juan cierra la tranquera.

Nefer pasa de puntillas frente al cuarto donde su madre duerme, pero un llamado la detiene.

—¡Nefer!

Piensa que más vale hacerse la sorda, pero la voz vuelve a llamar.

Entonces se decide y responde:

—Qué...

—¡Si te llamo es para que entres...!

Empuja la puerta y entra al cuarto donde la cama ocupa la mitad del espacio y un gran armario de luna se inclina un poco hacia adelante. La vela tiembla en la mesita e ilumina el pelo hirsuto de doña María, cuyas rodillas forman dos montes multicolores en la colcha.

—Qué...

—Vení para acá.

Avanza un paso y se detiene contra el pie de la cama.

—¿Qué hay...?

—¡Pero vení para acá, te digo...!

Doña María se inclina, la agarra de un brazo y arranca de su sitio; su gran mano se desploma de ida y vuelta sobre la cara de Nefer; después la sacude por el hombro hasta que los dientes le suenan.

—¿Qué te has creído? —va diciendo, y masca las palabras—; pero qué te has creído, atorranta, porquería, largarte en mitad de la siesta sin avisar a nadie... Pero... ¿y para qué...?, ¿se puede saber para qué...? Pero... y sin pedir permiso... ¿A qué fuiste...? Contestá, ¿querés? ¿Y cómo sin pedir permiso...? A mí no me venís con el cuento de la misión... No va a tener otros mensajeros la patrona, ¿no?... Te va a mandar a vos, ¿no? Todos los años tiene como avisar y hoy te manda a vos, ¿no?... En plena siesta, sin decir nada... ¿y para qué...? ¿Se puede saber...? ¿Para qué...? ¿Para qué? ¿Querés hablar...? ¿Para qué?

Nefer se ha vuelto de madera seca, habla sin mover los labios:

—Para eso fué, para avisar.

—¡Para avisar!, ¿no? Y ahora mismo la llamo a la tía, que está durmiendo aquí, al lado, la llamo

y la vas a oír. La patrona misma fué en el auto a avisarles... Y te iba a mandar a vos, ¿no? A escondidas... en plena siesta... ¡Vaya mensajero! Sin avisar a nadie... Hablá, ¿querés...?

—Para avisar fuí, la patrona me dijo...

—¡Avisar!, ¿no? ¿Avisar?... ¿Con toda la calor, sola, como una perdida, por ahí...?

Don Pedro ha aparecido en la puerta.

—Es tarde —dice—. No vamos a tener la leche a tiempo.

Doña María grita:

—¡Ahí la tenés! ¡Ahí la tenés! Atorranta... No va a pasar el día sin que conteste... ¡Andá! ¡Andá!

Nefer pasa frente a su padre, sale a la noche y camina hacia el corral donde el farol en alto ilumina confusamente los animales. Manea la primera vaca y comienza a ordeñar; a sus espaldas, Alcira trabaja bostezando.

Nefer no puede bostezar. Tiene el corazón hecho una trenza.

Se dice, por no llorar: «Si yo sabía, ¿por qué tanta pena? Si yo sabía que iba a suceder».

El sucio y dulce olor del trabajo la envuelve, y el calor de la vaca que ordeña y el ruido alternado y sordo de los chorritos que van llenando el balde. «¿Por qué tanta pena? Si ya sabía...». Cerca, un chorro se estrella salpicando; desata la vaca y va hacia otra.

—Ojalá todas las vacas fueran como la Princesa y no hubiera que manearlas...

Con la lonja entrelaza las patas, pero el animal está nervioso y pateo hasta zafar la atadura.

—¡Pucha! Quieta, hombre.

Vuelve a hacer los nudos y a empezar el trabajo, y la vaca a moverse y patear, hasta que suelta una pata y voltea de un golpe el balde lleno.

Nefer mira el manchón blanco que la tierra chupa, y se deja caer en cuclillas, hunde los puños en los ojos y solloza. Su dolor sube como lentos cuchillos por la garganta, que le duele, le duele, como si cada sollozo fuera un pequeño hijo que naciera, y sus gemidos se pierden entre rumores de mugidos y de patas que cambian de posición. Las lágrimas la envuelven en un velo que borra el mundo y moja su cara entera, sus manos, la manga en que oculta el rostro.

Una voz le llega entre los ruidos indiferentes, y ve a su lado, turbiamente, dos grandes botas embarradas, una bombachas de faena, dos baldes que cuelgan de dos manos sucias.

Juan vuelve a hablarle, con la boina desteñida incrustada hasta las cejas.

—Nefer.

Ella no sabe con qué responder, y lo mira pasándose la manga por la cara.

—Ché —dice él, deja un balde y se rasca la cabeza—. Si te pasa algo, yo soy tu amigo... Si querés algo...

—No. No...

Un nuevo río de lágrimas la aflige. Juan deja los baldes y mete con trabajo la mano en el bolsillo, de donde saca un pañuelo arrugado, se inclina y lo pone en la mano de ella.

—Bueno —dice—. Chau.

Recoge los baldes y se aleja.

Nefer hunde la cara en el pañuelo y gime.

—Negro —piensa—. Negro.

Después endereza el balde, lo fija en las rodillas y ordeña. Cuando levanta los ojos, las estrellas

han variado de sitio y Nefer es el centro de ese cielo, que va girando alrededor de su cabeza como una pesada nave reluciente, víctima del tiempo, dócil a las horas como ella misma, y la angustia le cierra las manos sucias de tierra y leche.

VI

Ir en el carro es casi como volar bajo, el campo se ve de arriba, mientras las tablas suenan. La cara de doña María llega a parecer blanca con el polvo de arroz. El atavío rige sus modales, por lo que recoge bajo el asiento los pies, como en los bailes.

Alrededor de la capilla, a la entrada del pueblo, se ven carros y autos y minúscula gente caminando.

—¿No llegaremos tarde? —dice doña María.

—Parece que hay gente.

—Estará contento el cura...

—Ahí llegan de «La Florida»...

—Y por allí viene el auto de la estancia...

Sobre la llanura, detrás de un coche que parece de juguete y resplandece de pronto al sol, avanza una estela de tierra levantándose por el aire.

Don Pedro lleva las riendas en las manos inertes y un pañuelo limpio con las puntas divididas sobre el hombro; al pasar ve una lechuza en el camino y piensa «igualita a la María», pero su cara es como un poste, la risa y la tristeza no la cambian.

A su lado va Alcira, la más linda del pago; en cada uno de sus brazos caben tres de la Nefer, hay que ver qué hermosura. Don Pedro la mira y es como mirar una flor en el campo, da gusto, no se la va a llevar cualquiera.

Hay que mandar componer este carro; ya está demasiado flojo y vaya que suceda una desgracia; tablones y herrajes golpetean crudamente.

—¿Y ese auto, allí?

—Ajá...

—Serán visitas en «El Destino».

—O han comprado auto nuevo...

Nefer no mira. Desde el principio, desde que dejaron atrás el recodo y enfilaron el pueblo, mira otra cosa.

Mira junto al boliche, el palenque donde los caballos se alinean alternándose con los carros. La vista no alcanza a distinguirlos y entonces, alzando los brazos y fingiendo arreglar el pañuelo de la cabeza tiende los ojos hacia la derecha, rápidamente, a través del potrero hasta el horizonte, por si algún jinete oscuro a la distancia pero reconocible por la postura, la curva del brazo o el paso del caballo, viniera por allí.

Pero el campo está solitario y mudo bajo el sol.

Nefer piensa que no sabe cómo acabar con este miedo que come su comida y duerme su sueño. El año pasado también tuvo miedo de la confesión, pero era distinto. Y esta capilla donde cada paso suena y resuena y los gestos están trabados por los ojos que miran si traje viejo, si confesión larga, si cara de muchos pecados; y el cura allí dentro como en jaula, escuchando, tal vez vaya y le cuente a doña María, a don Pedro, o más bien a los ricos de la estancia en la hora del almuerzo, y luego la miren todos.

Antes le gustaba la misión y tenían cuentos para meses, pero hoy Nefer quiere cavar un pozo en la tierra, aunque fuese con las uñas, aunque sangraran, con los dedos si las uñas se rompían, con los brazos si los dedos se gastaban, y en el pozo profundo enterrarse, cubrir de tierra los ojos cerrados y volverse poco a poco raíz, o pasto, o barro, sin sueños, sola, olvidada del miedo. Porque los días están amadrinados, llega uno y sabemos que el otro viene, y también el otro, y el otro más, y hay que aguantarse, porque el hombre es un pobrecito que no puede levantar el cuchillo y decir: no quiero más días, sin decir: no quiero más hombre, y arreglar tal vez las cosas metiéndose el cuchillo en la barriga. Porque los días son como una tropa sin fin pasando una tranquera.

Nefer corre la mano por un tablón reseco, ida y vuelta, ida y vuelta, ida y vuelta. Los tablones son serios, hay algo sano en ellos. Pero el carro es una bolsa de huesos, salta, cruje, se zangolotea. Porquería de carro, el campo está dando vueltas.

¿Y si... si al llegar alguien viniera y les dijera: el cura se enfermó, tuvo que volverse a la ciudad, no hay misión?

No hay misión, no hay que saludar, no hay gente que mire y diga: estás delgada, pálida. ¿No hay nada de esto?

Vaya si hay misión. Está lleno de gente, y a la vez vacío. Todos estos caballos en el palenque y nadie. ¿No tendrá caballo nuevo? Pero la Nefer conoce los aperos y el del Negro, no, el del Negro no está.

Los caballos del carro saben de memoria su camino, doblan y se arriman al palenque.

—Buen día, doña María...

—Buen día. Buenas. Buenos días, señora...

—Lindo tiempo...

—Buenas. ¡Qué grande el nene!

—¿Llegamos a tiempo...?

—... cura jovencito...

—... sí, entremos.

Como una casilla, como una casilla dentro de la casa grande, y cruje, cruje la madera. Las piernas de la chica arrodillada salen; cuando ella se levante será el turno de la Nefer. El turno, el turno, de la Nefer; un chico sale a prender las velas, estira la caña en puntas de pie, la llama se inclina, sube, se estira, no, la vela es terca, de nuevo, la llama se inclina, se agranda, se retira, dos llamas; a otra vela.

Las cabezas en fila con pañuelos de colores, en el de Raquel un barco azul, en el de la señora unas letras o vaya uno a saber qué, flores coloradas, estrellas.

La madera cruje, salta el corazón, ¿es su turno? No. ¿Cómo fué el año pasado? ¿Qué preguntó el cura? No se acuerda, era un viejito, era bueno. ¿Habrá llegado el Negro? No se atreve a darse vuelta, pasos suenan bastantes, tal vez los suyos, tal vez...

¿Y si se va, no se confiesa, dice que se siente mal como Alcira el año pasado? Teme tanto esta capilla donde cada paso es una señal: «Aquí estoy avanzando yo, miren, voy por la izquierda, me acerco al confesonario, me arrodillo, atención. La gente pone atención. Cuando el confesonario cruje al final, miran qué cara tiene; ¿mucho penitencia?, ¿mucho pecado? La cara no dice nada, a veces hasta sonrío un poco, disimulando. Pero ¿y antes? El cura pregunta siempre. ¿Qué le dice? ¿Qué le

dice?».

Hay que tener el alma limpia para la comunión; si no, el infierno entero se mete en uno, los diablos vienen y si uno tiene un accidente y se muere, se quema para siempre.

No se confesará. Pero la anterior se levanta, es el turno, arrodillarse, rejita de madera tan cerca de la cara, una nube dentro de la cabeza, ah, suena una voz, dice algo, ¿qué?

—... María purísima... —dice.

—María purísima —repite Nefer enronquecida.

—¿Cuánto tiempo hace que no se confiesa?

—Y... hará... un año...

—¿Qué pecados recuerda, hija...?

—Y... yo... dije mentiras y... y, ¿cómo es?... dije mentiras... y...

Nefer está en una noche donde de pronto brillar y suenan puntos de luz, contesta palabritas: sí, no. No entiende muchas veces, hay palabras que no conoce responde palabritas: sí, no.

El cura dice: la pureza, y por la voz que pone parecería que habla de eso. «¿No ha pecado contra la pureza?». Ella no sabe. ¿Será? Pero ¿y si no es? Dice: «no sé». La vocecita aclara: «¿No ha tenido malos pensamientos, malos deseos...?». Ah, malos pensamientos, malos deseos, cuando soñaba venganzas, cuando quería que la Delia se ahogara en una zanja, sí, los tuvo, «sí padre».

—¿Y nada más? Malas acciones...

No, no las cumplió, las quiso no más, pero hizo otra cosa, una vez, ella, ella... Ya no sabe lo que dice. El cura pregunta cosas pero Nefer no escucha más que el golpear de su corazón, que se vuelve la sola realidad del momento. El silencio la hace reaccionar.

—¿Qué? —pregunta.

—Bueno... Ahora el acto de...

¿El acto de qué...? «Sí padre», dice ella. ¿Qué será eso? Prefiere callar. El cura inicia: «¡Pésame Dios mío...!» Ah, el pésame Dios mío lo sabe, lo aprendió. Dice lentamente, disimulando palabras flojas, ¿pero le habla el cura? «¿Cómo dice, padre?». ¡Ah, no!, reza. Ella sigue: «y... prometo... fir... memento...».

—Bueno —dice el cura—, vaya en paz y que Dios la bendiga.

¿Irse? ¿Cómo? ¿Y lo que ella tenía que decir?

¿Y lo que ella?

—Padre... —pero no hay nadie, un hombre se ha hincado y el cura lo está confesando. Se levanta y la iglesia da vueltas. ¿Habrá llegado el Negro? Llega a su banco y cierra los ojos. Menos mal que en las iglesias pueden tenerse los ojos cerrados. Un lento tropel de pasos va entrando, los de «Santa Clara», la señora Dolores con sus hijas doña Mercedes y la niña Susana, y detrás Luisa con el libro gordo como le gustaría tener a Nefer. Van a los primeros bancos.

De todos los que ocupan la capilla, muy pocos podrían pensar en llegar hasta allí sin morir de vergüenza.

«Salvo Delia», piensa Nefer, y al pensarlo oye un taconeo y la ve acercarse al comulgatorio, dejar un ramo de flores y volver con paso contenido y frunciendo la boca hasta su sitio. Nefer baja los párpados y una oleada de odio la invade. Pensar que tal vez el Negro la esté mirando...

Pero el Negro está apoyado en la pared del fondo y observa las chispitas que, a cierto

movimiento, surgen de los lentes del cura. Éste da un paso hacia la izquierda y el Evangelio comienza. La iglesia resuena de gente que se pone de pie corriendo bancos, tosiendo y estornudando.

Nefér se atreve a girar la cabeza y descubre al Negro apoyado en el fondo, con los otros hombres; cuando vuelve a mirar el altar siente la nuca de piedra y el corazón golpeándole la garganta.

Apenas va terminando el Evangelio se sienta doña Mercedes. Siempre adelanta un poco los movimientos del ritual y lo hace con gesto solemne y expresión ejemplar, con lo que informa a los ignorantes de la conducta a seguir, y no puede impedir que una satisfacción oscura se levante en ella cuando oye el rumor que a su espalda desata su acción, como un manto acompaña con cierta tardanza los pasos de un rey. Es como si de algún modo fuera una especie de segunda sacerdotisa que dictara con sus ademanes la actitud de los fieles.

El padre termina el Evangelio y Nefér lo ve retirar las manos del altar, ponerse de frente al público y clavar los ojos en la puerta que sale a la mañana brillante y al boliche. Alza la mano y lentamente se persigna.

La iglesia suena como un palomar: varios chiquitos corren de banco en banco, uno llora y alguien tose. El cura abre la boca pero sus primeras palabras son borradas por el trompeteo con que un señor se suena la nariz, entonces finge una tos y entra las manos en las bocamangas.

—Amados hermanos: el Evangelio de hoy, dominica quinta de Adviento, es una clara lección de lo que la fe representa ante los ojos de Dios. La fe, virtud teologal, imprescindible para la vida del alma...

«Vida del alma —piensa el Negro—. ¿Cómo era? El alma de... Ah, sí, “desde el alma” qué hermosura, y la Julia cómo bailaba de parejito, pero parece mentira, qué gran músico es el gringo José, porque tocado por él el vals parecía tan lindo como en la radio... Pero, y este cura, ¿cómo hará para ponerse toda esa ropa y el ponchito verde? ¿Lo traerá en la valija o lo tendrán aquí en la capilla?».

—Porque si no tenemos caridad, si no tenemos caridad, amados hermanos, ¿cómo podemos aspirar al premio eterno?

Nefér se inclina a rascarse un pie. Sabe que su familia, lo mismo que ella, naufraga como en todos los sermones entre palabras inauditas o cotidianas, creyendo comprender algo hasta distraerse definitivamente en los propios asuntos.

—La caridad es amor...

Un largo berrido cruza la iglesia y una mujer toma al hijo en sus brazos y lo sacude para hacerlo callar. El padre del año anterior decía en estos casos: «Señora, por favor, saque un momento al nene hasta que esté tranquilo, así podemos seguir...», pero éste vuelve a toser y continúa, levantando la voz:

—Es el amor, hermanos, del alma a Dios y del alma al prójimo por amor a Dios. No se puede amar a Dios sin amar al prójimo. «Como a nosotros mismos», dice Jesús, más que a nosotros mismos, porque como Él dice: «¿Qué mayor prueba de amor que dar la vida por el amado?».

Nefér imagina al Negro en un gran peligro y a ella que llega, se arriesga, salta y lo salva, y al Negro sonriendo, agradeciendo, hablándole.

—Él nos amó así, ¿verdad? «Se hizo obediente hasta la muerte, dice San Pablo, y muerte de

Cruz». ¿Queréis mayor prueba de amor, hermanos míos? De Él debemos tomar ejemplo...

El cura se detiene, saca de la manga el pañuelo y se suena la nariz. El Negro piensa que perdería cualquier cosa que intentase guardar así.

—En el Evangelio de hoy hay otra enseñanza que debemos aprovechar, hermanos míos, y es la confianza en Dios. La confianza, hermanos míos, la confianza. ¿Quién de nosotros, en un momento de dolor o angustia no recurriría a su propia madre, a su propio padre para pedirle auxilio? «Padre mío, papá, me pasa esto, tengo esta dificultad; madre mía, mamita, ayúdame en esto». ¿Quién? Y bueno, amados hermanos, Dios es padre y madre del género humano, porque ser creador es más que ser progenitor, es más que...

Don Pedro escucha gravemente, sentado muy incómodo en el extremo de un banco que aunque en el otro extremo tiene lugar libre como para que los cuatro hombres quepan bien, ha de quedar así porque después del esfuerzo de llegar hasta él ya no conservan el resto de desenvoltura necesario para nuevas decisiones. Siente los pies estrechos en las botas y quisiera que todo terminase para preguntar a la salida las opiniones que de la feria tiene el viejo Hernández, pero escucha y tiene la idea confusa de que todo ese magno lenguaje que no comprende lo dignifica por su sola presencia en el ámbito donde resuena.

—Hoy es el primer día de la misión, el primero de estos días en que gracias a la generosidad de algunas almas de esta buena localidad os es posible cumplir los preceptos de Nuestra Santa Madre la Iglesia, prescriptos por Dios. Yo os digo que aprovechéis estos escasos días, que hagáis bautizar a vuestros niños, confeséis, comulguéis... Los matrimonios que haya que regularizar serán regularizados, etc. Aprovechemos estos días, hermanos míos, no seamos ingratos con Dios, a quien tanto debemos. Ahora voy a repetir el horario de la misión. A las ocho, misa de comunión; como sabéis, los otros años había dos misas, pero esta vez he debido venir solo porque el padre que debía acompañarme ha enfermado. A las dieciséis, catecismo para los niños; a las dieciocho, rosario y bendición...

Nefer imita los movimientos de la gente que ocupa los primeros bancos, y en cuanto el Credo termina vuelve a sentarse. Ve que su madre ha tomado ejemplo de la señora Mercedes, que se abanica con una estampa sacada del misal. En ese momento suena un extraño chillido que se prolonga en notas vacilantes que se unen y estiran agriamente, y la música llena la capilla.

La señora del jefe de estación es maestra de piano recibida, y por eso el armonio está a su cargo en las funciones. Las piezas más serias de su repertorio son un avemaría, un «Oh salve» y el aria de una opereta que reserva para el momento de la consagración.

Nefer piensa que si ella fuese la encargada de la música tal vez el Negro se enamoraría y acabarían casándose, pero sabe que no sirve para estudios. Torciendo los ojos observa a Delia, que tiene zapatos de taco alto y balancea uno de los pies apoyado solamente en el taco. El gesto le parece admirable y retira la mirada. Una tristeza oscura la llena y piensa: «¿Por qué yo, y no otra? Alguien tiene que pasar estas cosas, pero ¿por qué yo?».

Desliza una mirada por su cuerpo sin señas.

¿Y la comunión? El pecado continúa en ella porque el cura no lo oyó, así que si comulga van a metérsele los diablos adentro y después va a ser como los Borges, maldita.

El aire de la capilla se va volviendo tirante para Nefer, una inminencia bombea y late y hasta

respirar le parece temerario, como si eso acercara el momento de la comunión, cuando doña Mercedes se aproxime la primera y ella cierre los ojos para que su mirada no cruce la de su madre, que le ordenará levantarse y avanzar. Nefer no conoce el instante en que esto suceda, pero sabe que de pronto, sin que una variación del cura indique nada, la gente empieza a acercarse al altar.

Cuando acaba la música se le aprietan las manos, pero oye pasos de botas presurosas que suben hasta el coro, donde suena un cuchicheo. Ella quisiera mirar, como lo hace el nene sentado delante, pero no se atreve a darse vuelta. En la capilla se oyen sólo los murmullos del sacerdote y de unas palomas que anidan en la ventana.

De golpe, sin que nada lo anuncie, truena una nota sostenida que llena el ámbito, vibra y se condensa en las paredes. En los fieles hay un instante de malestar que se transforma en grave admiración. Nefer comprende que los pasos fueron del señor Constanzo Baris, que llegaba tarde. Es dueño de la fábrica de dulce de leche y canta como a veces se oye por radio a los cantantes; canta en la fábrica o en la estación, paseando de ida y vuelta por el andén, y muchas veces en las funciones de la capilla. Desgraciadamente su repertorio no concuerda con el de la señora del jefe, que por eso no puede acompañarlo en el armonio, y por eso en los trozos que corresponden al acompañante el señor Constanzo guarda silencio y marca el compás con el pie.

—Ese hombre tiene más millones que pelos en la cabeza —suele decir doña María, y quienes la escuchan inclinan tasativamente las suyas.

Con muchos ruidos de bancos y pies comienza a salir la gente en un chorro revuelto que al franquear la puerta revienta en voces y saludos que se entremezclan y vuelven a la iglesia barriendo la atmósfera inmóvil de oraciones.

Nefer quisiera permanecer en su banco con los ojos cerrados hasta que nadie quede afuera, pero no se atreve y sale lentamente delante de un chico que a cada paso le pisa los talones. Tal vez su madre la rete por no haber comulgado.

La voz de doña Mercedes suena afuera:

— ...sí, a las cuatro el catecismo para chicos, a las cinco bendición con el Santísimo... ¡Buenos días! ¿Cómo estás, querida? ¡Cómo has crecido! ¡Hola, Juana! ¿Qué me dice del sermón?... ¿Le gustó?... Ah, ¿éste es el que van a bautizar?... ¿Sí...? ¡Qué ojos más lindos...!

Y las voces se elevan, unen y refluyen interrumpidas por risas agudas.

Allí está la vieja señora de «El Destino», que se aleja hacia los automóviles como un tardo mástil negro a través de la mañana reluciente, recibiendo y devolviendo saludos.

Los hombres ya están llegando al boliche, salvo algunos más viejos que esperan para cambiar saludos cerca de la iglesia.

Nefer ve que el Negro cruza el camino, ve su espalda vestida de gris, el cuchillo, el chambergo, y a su alrededor se esfuma el mundo. Una voz, que por un instante teme sea la suya, lo llama:

—¡Negro! ¡Negro Ramos! —y lo hace detener en medio del camino marcado de huellas de carro, y dar vuelta la cara.

Es la señora, dueña de «San Gervasio», quien llama. El Negro rehace camino, acercándose. Nefer siente que sus piernas se doblan, vueltas de trapo.

—¿Señora? —dice él, sacándose el sombrero.

—¿Cómo te va? —la señora estira la mano.

—Bieniusté, señora —él se la toca en fugitivo esbozo de apretón.

Don Pedro siempre habla de un rodeo en «San Gervasio», en el que hace treinta años había apartado hacienda de compañero con esta señora. «Señora guapa —decía—, buena para mujer de pobre, hay que ver». Aunque ningún pobre permitiría a su mujer fantasías semejantes. Pero ese tiempo ha pasado y la señora, que todavía cabalga, ya no hace esas gracias.

—¿Vos estás trabajando en el tambo ahora?

—En el tambo, ajá, sí señora.

Alguien toma a Nefer por el brazo, haciéndola girar:

—Aquí está mi ahijada —dice una voz.

Su familia está rodeando a doña Mercedes.

—Yo le digo que tiene que engordar...

—Sí, señora... ¡Pero...! ¡Si no come nada!...

Se ha vuelto inapetente del todo... Me dan ganas de castigarla...

—Hay que comer...

No tiene ojos para esta gente. No tiene oídos para estas frases. Frases de bosta, son. Frases de nada.

Cuando consigue alejarse, el diálogo del Negro y la señora llega a su fin.

— ...tengo unos potros allí, y como Francisco está enfermo...

—Sí, señora, cómo no. En la tardecita, más vale, voy a ir por allí.

El Negro se despide y la señora dice con voz seca:

—¡A ver! Los de «San Gervasio», que nos vamos. Carlitos: andá al boliche y avisá a los que sean de la estancia. Ya nos vamos.

Se apresuran las despedidas y doña Mercedes levanta la voz:

—Mañana, misa de ocho. Hoy, catecismo a las cuatro... Ah, padre, venga a tomar el desayuno con nosotros... Aquí le presento a...

Enfrente, algunas familias trepan a los carros y parten con ruidos de madera, herrajes y látigos, mientras los autos se ponen en marcha y los jinetes se alejan.

Nefer se aparta del bullicio y mira hacia el boliche. Ve al Negro que, con el cigarrillo en la boca, desata el caballo, apoya la mano en la cruz y el pie en el estribo, retiene los movimientos nerviosos del animal con la rienda y ya casi al trote monta como un pájaro y parte levantando una nubecita de tierra hasta el recodo del camino, donde dobla.

Nefer baja los ojos como quien cierra un sagrario y vuelve a verlo cuando se iba atravesando las huellas, cuando respondía al grito de la señora y volvía, cuando conversaba con un pie cruzado frente al otro y apoyado de punta en la tierra, cuando se rascaba la nuca y señalaba el caballo, cuando sonreía con los dientes blancos bajo el bigotito.

Su madre la llama y entonces la congoja vuelve a sus miembros, y arrastrando los pies camina hacia el carro.

VII

En la cocina oscurecida por la tormenta Nefer entrega el mate a su padre, que pata tomarlo deja en el suelo las riendas que engrasaba. Nadie escucha la carrera de autos que transmite la radio, ni doña María zurciendo junto a la puerta, ni Alcira que vigila una sartén y bosteza, ni Capitán que tiritita de cuando en cuando.

Por un rincón del techo se cuele la lluvia y resbala lentamente en el flanco del aparador.

Nefer suspira; un cansancio se le ha instalado en los miembros.

—Como si tuviera barro en las venas —piensa.

—¿Terminaste con la mesa? —pregunta a su hermana.

—Sí.

—Bueno, límpiala entonces, que tengo que planchar.

Un trueno retumba, corre por el cielo, llena el aire donde la lluvia se cierra y cae con más fuerza. A través del agua se oyen los tañidos vagos de la guitarra de Juan.

—Dale y dale —dice doña María—. Yo creo que el Juan no adelanta nada con la guitarra.

—Sí, algo adelanta. Lo que hay que anda muy lento, anda.

Nefer no cree que Juan llegue a tocar muy bien pero lo envidia, solo en su cuarto, empeñado en su ocupación. Ella quisiera poder aislarse de la madre hosca, de Alcira indiferente, de la radio, de todo, y encerrarse con los ojos cerrados a pensar en el Negro que sonrío, en el Negro que saluda, que monta a caballo, que desmonta y fuma achicando los ojos, pero el dormitorio rodeado de lluvia la entristece.

Doña María la mira:

—Y vos, ¿qué esperás para ponerte a planchar? ¿Vas a esperar a que comamos para usar la mesa?

—Pero ¿y no le dije a ella que limpie de una vez? Si está la mesa llena de harina, ¿qué voy a hacer yo?

—Anda, vos también, zanganota, con tus buñuelos. Limpiá la mesa, ¿querés?

Alcira toma un trapo y lo pasa por la mesa, luego mira a su hermana.

—¿Estás contenta ahora?... Tanto protestar... Podrías haber ido preparando la plancha mientras...

Se acerca a la cocina y echa la masa en el aceite que crepita y estalla sobre el fuego. Un olor de fritura llena la cocina y Nefer siente que una repugnancia sube en ella. Respirando con cautela pone brasas en la plancha y mientras espera que se caliente apoya el hombro en la puerta y mira los horizontes esfumados de agua y el vasto paisaje brumoso; las bocanadas de aire fresco la despejan y rizan los mechoncitos sueltos de su pelo. «El tordillo debe estar todo azul con el agua; pobrecito —casi sonrío—. La Princesa también, y el pasto ha de estar fresquito, mojado para comer... Ahora ya no le van a doler los vasos cuando galope».

—Salí de ahí que me das sombra —dice la madre.

Nefer teme respirar el olor de la cocina y al volverse trata de pensar en otra cosa.

—La camisa primero, después el pañuelo del Juan, mi blusa...

Cubre la mesa con una manta y pone pesadamente la plancha sobre la camisa que luego de varias pasadas comienza a alisarse.

Alcira prueba un buñuelo y masca con aire pensativo.

—Está raro —dice—; ¿quierés probar, mamá?

—¿A ver...? —doña María pincha uno y lo come—. No... está bien, está. ¿Qué tiene de raro?

Dame otro.

—A mí me parece que tiene un gusto raro... No feo, pero diferente... ¿Qué será?

Se acerca a don Pedro y le alargó el plato con el tenedor, que él maneja con cauta cortesía.

—Está lindo —murmura, y sonrío con su vaga expresión de burla delicada—. Para mí está bueno, está...

—Tomá, ché —dice Alcira a su hermana.

—No gracias, ché, no tengo gana.

—Pero probá... Así ves el gusto raro...

—No, dejame, no tengo hambre...

Nefer se inclina y sopla sobre las brasas de la plancha. Su madre se vuelve y la mira:

—Hecha un pajarito está ésta. «No quiero, no tengo hambre, no tengo gana». Y mírenla. A la miseria, con cara de muerta, que hasta la patrona me lo dijo ayer... Pero esto no va a seguir... Ahora mismo empezás a comer y no andás con caprichitos... Andá, dale un buñuelo.

La lluvia chorrea por el borde pajizo del techo y un trueno vuelve a resquebrajar el aire y a perderse en gruesas resonancias. La radio transmite su carrera llena de ruidos de motores y gritos de locutor: «Número nueve, número nueve, ¡atención! ¡Ahora va a pasar!... Estamos anunciando a nuestros oyentes el paso del número nueve...»

Nefer mueve la cabeza:

—No quiero...

—¡Qué «no quiero»! Hoy son los buñuelos, mañana son las papas, ayer era la carne, y así todos los días, hecha un puro hueso. ¡Pero se acabó, se acabó, hoy empezamos, andá, comé uno!... Como mujer preñada andás... ¡No faltaba más!... Comé... ¡Dale uno!...

Nefer crispó las manos sobre la camisa que plancha y la arruga toda:

—¡No quiero! ¡Dije que no quiero! ¡No quiero porque voy a vomitar! ¡Porque voy a tener un chico! Estoy preñada... ¡Sí!... Y vos podrías haberte dado cuenta si sos tan vieja y sabés tantas cosas... ¿O no te diste cuenta? ¿O no ves que me crece la panza? ¿Sos ciega, acaso? ¿Sos estúpida, acaso?...

Corre atropellando todo, sale a la lluvia, cruza la mañana y los charcos, entra por el monte y las ramas y al llegar al fondo se abraza al tronco de un árbol, se deja caer y se muerde los puños, y gime, la cara contra la corteza de terciopelo húmedo, gime como si ladrara, como si el gemir le despellejara los huesos, como si el alma saliera tal vez por sus gemidos y echara afuera la desgracia. Con los dedos ara el tronco y desprende pedazos de musgo olorosos a lluvia.

—Mejor... mejor, mejor, que sepan, que sepan, que se joroben, que se avergüencen, que se joroben, que se mueran, que se mueran, que se mueran.

Se muerde los puños y solloza. Después toma a dos manos las ramas y sacude hasta que refulgentes chaparrones caen sobre sus hombros y mojan su pelo y su piel que se contrae al

recibirlos. El vestido se le pega al cuerpo y ella estira los brazos, se aferra a las ramas y las agita hasta que no queda una gota en ellas.

El frío la calma y piensa en la vuelta.

—Bueno. Qué me importa. Qué me importa.

Camina por el sendero húmedo y a su paso se levantan las palomas y abandonan ruidosamente los nidos. Pero cuando ve la silueta de doña María mirando desde el corredor, tuerce el rumbo y se refugia en el galpón.

El perro Ja ha visto y avanza con demostraciones.

En el galpón oscuro Nefer se sienta sobre la vara del sulky. Doña María aparece en la entrada.

—¿Estás ahí?

No responde. Su madre penetra y al habituársele los ojos Ja ve inmóvil junto al perro.

—¿Por qué no contestás? ¿Es cierto lo que dijiste? Contestame, ¿querés? Contestame si es cierto lo que dijiste.

—¿Y por qué no va a ser cierto?

La madre se aproxima:

—¿Vos estás loca? —grita—. ¿Estás loca?

Nefer está de pie y grita más fuerte:

—¡No! ¡No estoy loca! ¡Ya te dije cómo estoy! ¿Entendiste? ¿Querés oírlo otra vez? Estoy...

No tiene tiempo de terminar: la madre levanta el brazo y su mano cae sobre Nefer. Ella se cubre la cabeza. «Así muriera. Así no hubiera nacido nunca...», piensa. La madre grita enfurecida:

—¿De quién?

Ella quiere decir: del Negro, porque es del Negro, es del Negro, pero no dice nada. Piensa: «Tal vez me muera».

Doña María la endereza por un hombro y la sacude:

—¿Qué has hecho, canalla? ¿Cuándo? ¿Dónde?

La nuca se le llena de ruido y niebla, cierra los ojos y piensa: «Tal vez el techo del galpón caiga nos aplaste y todo termine».

VIII

Se ha quedado en el galpón y pasea los ojos por la penumbra, donde cuelgan instrumentos y aperos. Piensa que en la cocina estarán terminando de almorzar, pero después que su madre salió a gritos quejosos de Dios y de su estrella no ha vuelto a oír signos de la vida exterior.

Un goteo intermitente queda de la lluvia, y afuera canta de pronto un gallo.

Nefer decide volver a la casa. «Lástima que haga fresco y nadie duerma».

Entra hoscamente en el cuarto donde Alcira cose, y se acuesta en el catre con media cara en la almohada.

Una avispa vibra y vibra volviendo tembloroso el silencio. Nefer piensa que si respira con calma tal vez termine durmiéndose, pero al cerrar los ojos ve el brazo de su madre y su boca que grita amenazas.

Alcira habla y su voz resuena con claridad:

—¿Por qué mentistes hoy?

Decide fingir el sueño pero la voz de Alcira tuvo tanta certeza de que está despierta que no puede hacerlo. Sin abrir los ojos responde:

—No mentí.

El silencio le hace entreabrirlos por ver la cara de su hermana, que cose inclinada sobre la labor.

La avispa zumba y vibra contra el techo. «Tal vez me duerma», piensa Nefer.

Alcira vuelve a hablar, con cierta vacilación:

—¿Cuándo... fué, ché?

Nefer hace una pausa.

—Hace mucho.

Alcira clava la aguja, reposa la labor y se observa la mano. Luego pregunta:

—¿Te... te dolió...?

Nefer aprieta la boca y, por primera vez, una especie de superioridad la inunda de triste gloria. No responde. Sabiendo que su hermana se siente humillada por su silencio, se venga con una sonrisa desdeñosa. Después vuelve a espiarla. Alcira ha retomado la costura, pero al rato habla otra vez:

—¿Y ahora...?

El desamparo la enfría, quisiera decir a Alcira su terror, quejarse del abandono, preguntarse con ella por qué a ciertas personas les pasan estas cosas, pero responde:

—¿A vos qué te importa?

Se arrepiente en seguida y quiere decir algo. Pero Alcira ha encogido los hombros y el silencio vuelve a estirarse en el cuarto, donde crece el zumbido desesperado de la avispa que busca el sol.

IX

Paradas junto a la tranquera esperan que el colectivo aparezca al fondo del camino. Doña María suspira y Nefer sabe que el suspiro significa que hará calor y que todo la persigue: la temperatura, el día en la ciudad con estos zapatos y semejante hija.

Nada importa ya. Ni el sol, ni el médico, ni la madre furiosa. Nefer tiene oídos y por eso oye, y la boca le sirve para comer, pero el mundo pasa a su alrededor como el agua en torno de un peñasco, y ella está seria y nada importa. Dentro de un tiempo empezará a crecer su cuerpo, dentro de mucho se deshinchará, no importa, ya no importa, todo nace y después muere, pero nada importa.

El colectivo aparece junto a la capilla y se acerca levantando tierra.

«Parece la heladera de la estancia con ruedas», se dice Nefer.

—¡Ah! ¡Ahí está! —exclama después de un rato la madre—; vergüenza me da mirar a la cara de los que vienen.

Nefer se encoge de hombros porque doña María sabe que nadie conoce su historia, pero al detenerse el colectivo ambas se sienten un poco intimidadas. La madre se iza con trabajos y Nefer la sigue, y visto de reojo el coche le parece lleno de enormes chambergos.

Saludan y se sientan. Doña María conversa con la señora del asiento de adelante, con la de atrás y con una muchacha que lleva un chico en las faldas. Pregunta por las familias y aprueba con la cabeza las respuestas. Nefer pasea los ojos por la gente y ve que los sombreros que le parecieron innumerables eran solamente tres: dos de unos hombres del primer asiento y otro en el fondo.

—Tienen chambergos grandes, como el Negro; pero éstos son gordos y colorados y vienen de lejos y el poncho del Negro es más lindo que ése...

Los hombres hablan de hacienda y ríen, y por el espejo que refleja al conductor Nefer les mira las botas plegadas como pequeños acordeones. ¿Por qué doña María no cree en su palabra? No es tan nena, y tres meses son tres meses, y el sentirse mal, y los vómitos... ¿A qué tanto doctor y tanto lío, y gastar plata porque sí?

Piensa en la mirada de Alcira, inesperadamente respetuosa o con destellos de despectiva compasión. Y todos agitados y sintiéndose obligados a variar su actitud hacia ella, salvo el padre que trenza, toma mate y observa los caballos. Recordarlo es como apagar la luz, taparse la cabeza con las mantas y estar por fin en paz.

Lejos, en el camino, esperan dos personas y hasta que el coche no se detiene y suben, saludan y se acomodan, las charlas no siguen con la misma tranquilidad.

Por las ventanillas la mirada corre hasta el horizonte verde.

Tal vez el decir las cosas al médico sirva para que el pecado salga de adentro. Pero no. Ser doctor no es ser cura. ¡Qué cosas se llegan a pensar!

Por el espejo, Nefer mira las piernas del gordo que habla de hacienda y la flor de plata de la rastra que una tricota cubre a medias. La rastra del Negro es de iniciales ribeteadas de oro y todo el cinto brilla de monedas. Pocas hay tan lindas. Cuando chica, Nefer quería ser hombre para lucir, en las fiestas esas prendas resplandecientes.

El colectivo va aminorando la marcha y toca la bocina abriéndose paso en una tropa de vacas.

Los peones silban y galopan entre las reses. Cuando el coche pasa los pasajeros vuelven simultáneamente las cabezas para identificar a los reseros. Después comentan y suponen precios, origen y comprador.

La del asiento de atrás habla de Alcira con doña María:

—Sobre todo —dice—, como yo digo: es una chica linda que no se ha vuelto orgullosa ni mal educada por eso...

Doña María baja los ojos con ademán modesto:

—Mire, señora —dice y mueve una mano—; para mí, lo más importante es que es una chica buena...

Nefer mira el campo y los montes oscuros y desea que los zapatos lastimen mucho a su madre hoy.

Un auto toca la bocina detrás del colectivo y pasa.

—De «Santa Clara» —dice uno.

—Ajá. La Luisa con la tía, ¿no?

—Tres, eran...

—Irán de compras...

En los bordes del camino empiezan a verse casas y jardines adornados de palmeras tristes. Cuando entran en el pueblo, los pasajeros preparan sus bolsas y las mujeres se peinan. La parada final es en la puerta de un hotel.

Por las calles donde el sol golpea y arden las veredas, caminar, caminar con un papel en la mano preguntando hacia qué lado, cuántas cuadras, cada número que las acerca es como un sorbo de agua fresca, y cuando por fin ven la puerta pintada de verde y la chapa de bronce, algo en ellas les parece irreal.

Una niña oscura con delantal abre la puerta, y cuando entran en la salita varias miradas se vuelven a verla.

—Tal vez piensan que sea mamá la enferma. Pero y entonces ¿a qué vendría yo? Tal vez piensen que tengo una enfermedad cualquiera.

Doña María dice buenas tardes, y esperan de pie, pasando el peso de una en otra pierna y suspirando alguna vez.

Una puerta se abre estrepitosamente.

—¡El próximo! —llama el doctor, que tiene una cabeza medio calva y despide a dos mujeres. Un hombre de traje reluciente se levanta y lo sigue, y la indiecita se acerca a doña María con una tarjeta en la mano.

Mientras su madre hurga en el monedero, Nefer vigila el miedo que ha renacido en ella y sube endureciéndole el estómago.

Cuando el rayo de sol que dibujaba el techo ha bajado por la pared, el doctor abre la puerta y dice: «señora».

Nefer cree que el mundo se acaba y que sus piernas no responderán, pero el cuerpo la lleva tras de la madre, que saluda al doctor con muchas inclinaciones de cabeza. Él las hace entrar en el consultorio y cierra la puerta.

—Siéntese. Usted venía...

Doña María señala sin mirar:

—Por ella...

—Ajá...

El doctor mira a Nefer:

—¿Qué es lo que tiene...?

—Doctor, yo... Ella dice... —la voz de doña María se quiebra en un clarinazo y empieza a llorar, mientras sus dedos persiguen un pañuelo por los bolsillos. El médico le toca un hombro:

—Cálmese, por favor —y volviéndose a Nefer—: ¿qué te sucede?

Nefer ve los pantalones que rozan los zapatos lustrados y se aclara la garganta:

—Estoy preñada.

—¡Nefer! —protesta la madre, y a través del pañuelo solloza—. Ella dice eso. ¿Usted se da cuenta?... Y anda a los vómitos, pero yo digo que no puede ser... Aunque ella es tan mala... tan mala...

—A ver, sacate esto —dice el médico.

El cuarto se borra para Nefer y los detalles cobran importancia: el borde del vestido, una pierna y el zapato, otra pierna con su zapato, el pelo que se inclina hacia ella, la mano seca y fría que tantea su vientre.

El médico resopla y se endereza, va hacia un autoclave y saca un guante de goma que empieza a calzarse.

El tiempo se ha detenido en el cuarto donde los ojos de las mujeres evitan encuentros y una canilla gotea sin pausa.

Nefer ve que el doctor unta con vaselina el índice del guante, y el alma se le espanta y repliega hacia otros mundos: se encuentra recordando la tela de un vestido de infancia, las florecitas blancas de centro rojo, el doctor se acerca y le habla, ella obedece pero piensa en su caballo, doña María está mirando, su caballo tordillo que doña María mira y el doctor aquí con este olor a perfume, su caballo de pasto verde, es decir, su caballo comiendo el pasto, el pasto verde, por suerte descansando su caballo, no como Nefer, ay este médico, este médico, cómo lo odia y a su madre y a ese canario imbécil que pía y salta como si todo anduviera bien sobre el mundo.

—Ajá... —dice el hombre y se incorpora— vestite y salí un momento, ¿querés?

Nefer se viste con ademanes enredados y siente que sus ojos no podrán volver a levantarse. El cansancio de sangre barrosa vuelve a llenarla, y sale por la puerta que el doctor le abre hacia la salita donde espera un viejo.

Quizás el médico diga que están equivocadas y que Nefer no tiene más que fatiga y pena. Los ojos se le aclaran al pensarlo.

—Podés entrar.

Ve a su madre con el pañuelo sobre la nariz, pero sabe que tiene los ojos furiosos bajo el aire abatido.

—Como le decía a tu madre... —comienza el médico.

A Nefer no le interesa porque no comprende esas palabras, y bajando la cara mira los zapatos vencidos de doña María.

En el bar que las persianas bajas oscurecen, beben un refresco sin hablarse. Nefer toma un trago

y sus ojos caen sobre la mano de su madre apoyada junto al vaso, y la vista de esa impavidez la llena de silenciosa desesperación.

Detrás del mostrador un hombre ordena unos vasos.

—Mañana se acabó —dice doña María.

—¿Qué...?

—Mañana acabamos con codo. Ya vas a ver.

Un temor nuevo se apodera de Nefer y súbitamente siente que el enemigo que observa sus noches y sus días se ha transformado en aliado secreto. Cruza los brazos con gesto taciturno.

—Conmigo no se va a meter nadie... —dice.

Doña María la mira:

—¿Ah, no?

—No.

Sabe que la rabia está por estallar en su madre y que sólo la presencia del hombre la detiene.

—Buena estúpida...

Sin responder, toma otro trago.

El que la atormentaba se ha vuelto su amigo, su mundo cerrado que desde días atrás le ensucian con palabras y miradas. En su cuerpo la sangre cobra fluidez, la boca se le enternece. Ya no está sola.

Doña María le parece intolerable y se levanta:

—Voy al baño.

En el cuarto minúsculo, su mirada opaca la sorprende desde el fondo del espejo. Pasa las manos por el pelo descolorido, pellizca sus mejillas y sonrío.

El ruido de un auto se detiene afuera y suenan dos golpes de portezuela.

Nefer mira sus brazos flacos, el cuello oscuro y frágil, y, en puntas de pie, trata de verse reflejada entera, pero el espejo es chico y cuelga muy alto. Entonces baja las manos por sus costados y suspira.

El recuerdo del médico la detiene y la vergüenza quema su cara. Lo odia, cómo lo odia, y a su madre, que miraba su humillación con esos ojos de piedra. Preferiría quedarse en este baño fétido y caldeado a volver a soportarla, y al colectivo que dentro de dos horas estará en la puerta del hotel, y a todo.

Pero se cansa de estar de pie y sale hacia el bar. En la mesa, su madre habla con doña Mercedes y, más lejos. Luisa elige un sitio para sentarse. Doña María tiene el pañuelo sobre los ojos, mueve la cabeza, llora y sigue hablando. La gorda señora Mercedes también cabecea inclinada hacia ella y diciendo palabras.

Nefer retrocede sin dejar de mirar: su madre niega varias veces y se enjuga los ojos, y la patrona le apoya una mano en el hombro hablando categóricamente.

Después la besa y se aleja.

Nefer se aproxima, y aunque sabe que su madrina y Luisa la observan, finge no verlas para no saludar.

X

Lleva el corazón triste cuando, con las alpargatas en la mano, sorteando los charcos y llega al pie del molino.

Todo el día la tierra ardió bajo el sol, y ahora la tarde se diluye en vinos vagos. Por el camino se ven las marcas del auto que las trajo de la ciudad. El tanque rezuma una lluvia que refresca a Nefer mientras ceba con agua la bomba y acciona hasta que un vivo chorro sale relumbrando y moja sus brazos y su cara y su cuello.

El agua va resucitándole los poros.

Otro día se hubiera alegrado. Hoy no. Ya su descubrimiento del silencioso amigo se ha esfumado. En el viaje lo traía como un secreto, y cuando entró en el cuarto y se sentó sobre la cama lo conservaba aún.

Pero Alcira puso el último botón a una blusa fulgurante y empezó a probarse frente al espejo. Nefer la miraba furtivamente y observó los gestos con que se ahuecaba el pelo, la media sonrisa con que se abotonaba, los brazos levantados y blancos.

¿Qué es llevar un amigo secreto? Las otras chicas van a fiestas con blusas refulgentes, y se miran complacidas en el espejo, y al casarse van con sus hombres a vivir solas, lejos de los padres. ¿Cómo pudo alegrarse en el baño sucio del bar? Amigo secreto no hay ninguno. Semilla triste que crece y crece sin piedad es lo que lleva, no amigo secreto.

Y pensar que su madre le había ofrecido...

Pone un pie en el primer peldaño del molino; sus manos y sus pies se alternan en la subida y cuando llega al tope pasa las piernas por un barrote y se sienta. Ve las ovejas volviendo en filas entre los cardos, y una bandada que se aleja como una silenciosa flecha por las nubes rojizas.

Pensar que doña María había dicho...

Prudentemente empieza a bajar. Después camina hacia la casa donde la radio charla y Alcira prepara la comida, porque su madre se ha tirado sobre la cama invocando sus pies.

Nefer se asoma al dormitorio.

—Mamá...

—Qué.

—¿Estabas durmiendo?

—No. ¿Qué hay?

—Vos...

La madre suspira con violencia, se endereza y enciende una vela. Después escucha con gestos de paciencia excedida.

—¿Qué querés? ¡Qué tanta vuelta! Si tenés algo que decir, decilo, y si no...

—Mamá, vos hoy dijiste que... que mañana me ibas a... a sacar todo...

—¿Yo...? Lo dije de rabia, pero no se puede hacer, la policía te lleva.

—¿La policía? ¿Y a la señora Lola, cómo no la llevaron; y a la Paula...?

—Bueno. No se puede hacer. Anda.

—Pero vos dijiste...

—«Vos dijiste, vos dijiste», y vos, ¿qué dijiste...? ¿Te acordás lo que dijiste? ¿Sí, o no? «Conmigo no se mete nadie», eso dijiste, ¿no? Bueno, ahora arreglate. El que se anda divirtiendo, que la pague...

—No. No. Yo no me voy a arreglar sola, voy a ir a lo de la vieja Borges si vos no me ayudas, voy a ir a lo de la Paula, o si no, me voy a matar, para que estés contenta. Vos querés que me muera, ¿no?

Eso. ¡Me voy a matar, y te van a llevar presa igual! Vas a ver... Vas a ver...

—¡No seas estúpida! ¡Callate!, ¿querés? ¿O te creés que somos idiotas? Ya vas a ver cómo se arregla todo... pero ¡callate! ¡No grites! ¡Andate de aquí y que no te vuelva a ver la cara...!

Nefer cierra de golpe y sale corriendo.

La puerta del cuarto de Juan proyecta un cuadro rojizo en el suelo. Nefer se detiene y lo ve inclinado sobre un trabajo, con la guitarra al lado.

Él levanta los ojos:

—Hola...

La cara de Nefer parece tierra.

—¿Qué estás haciendo...? —pregunta.

Juan alza un botón de plata:

—Tu padre me dió esto.

—¿De regalo?

—Ajá.

—¿Lo estás colocando?

—Sí.

Entonces ve que tiene un cinto sobre las rodillas y que está cosiendo el botón con tintos finos.

—¿Tenés muchas?

Juan levanta el cinto.

—Por ahora cinco, no más, pero va a ir creciendo.

—¿Por qué no le ponés moneditas de diez y después las vas cambiando poco a poco?

—No me gusta.

Hay un silencio, y él dice:

—Estuviste en el pueblo...

—Sí...

—Volvieron en el auto, ¿eh?

—Sí.

—¿Anda ligero?

—Regular.

—Ah...

Nefer rasca el suelo con el pie: —Ché...

—¿Sí?

—¿Te acordás que me dijiste que si quería ayuda? —Ajá.

—Nadie puede ayudarme.

—Tu madre le dijo a don Pedro que ya estaba todo arreglado...

Los dos enrojecen. Es la primera vez que surge el tema y Nefer no sabe hasta qué punto Juan está enterado.

—¿Qué dijo...? —pregunta.

—Yo estaba en el galpón y sentí que tu madre le decía a don Pedro que la patrona iba a arreglar tu asunto. Así dijo.

—¿La patrona?

—Sí.

—Pero. ¿Cómo?

—No sé, no...

Nefer recuerda a su madre dialogando con doña Mercedes en la mesa.

—Pero ¿y qué va a hacer la patrona?

—Y... ¿qué sé yo?

—Y mamá no pudo hacer nada mejor que contarle a quien quiera oírlo.

Juan asiente con timidez. Nefer mira el suelo.

—Bueno... chau... —murmura.

—Chau ché.

Cuando pasa por el patio con una palangana de ropa lavada y torcida sobre la cadera, Nefer ve a don Pedro que tusa las crines deshilachadas de un caballo. Entonces se detiene y reposa la carga en el suelo.

Mira la suave lucha de las orejas que van y vienen huyendo de la tijera, y a don Pedro, que al terminar el tuse y escupiendo en sus manos se acuclilla y recorta el vaso con breves golpes. Cada vez el acero divide un trozo y muerde la tierra. Esos ruidos, esos pulcros trabajos tranquilizan a Nefer. El sol pesa dulcemente en sus hombros.

Don Pedro se desliza al lado opuesto con cautela trata de repetir la operación, pero el caballo no se deja acercar y pateo, inquieto.

Nefer sigue la escena apasionadamente. Su padre habla al caballo y lo acaricia hasta apaciguarlo, luego dice a media voz:

—Uno que no sabe puede decir que es mañero... No se puede hablar sin conocer...

Ella asiente en silencio; ambos saben que el animal quedó asustado por un alambre de púa.

—Siempre es así... —dice don Pedro—. No se puede hablar así no más... Muchas veces no hay más que mala suerte...

Nefer siente que el corazón le salta y un golpe de lágrimas la enceguece. Abriendo mucho los ojos lucha por que no rebalsen, y sólo al rato ve que don Pedro sigue trabajando.

—¿No es así? —murmura él.

—Ajá...

—Por eso, cuando las cosas se ponen feas no hay que empeorarlas... Más vale seguir adelante, seguir...

Nefer mira al padre oscuro inclinado bajo el sombrero. Hay un silencio y ella vacila. Después

susurra:

—Y cuando pasan cosas...

—¿Eh...?

—Y cuando suceden cosas... que van a venir...

—Nada es tanto... Todo viene y después está.

La ternura la entibia y por un instante su angustia se disipa. Es fácil la vida así. Es casi fácil.

Doña María se asoma y llama.

—Todavía no colgaste la ropa...

—No.

—Esta tarde no salgas. Tenemos visitas. Vestite como la gente después de la siesta.

—Pero si tengo que...

—Lo hace Juan. Tendé la ropa.

—¿Qué visitas?

Ya su madre no está. Don Pedro lleva el caballo a paso lento, y alejándose, lo ata a la sombra de un árbol.

Aunque se rebeló. Aunque decidió no dormir ni vestirse «como la gente». Aunque después de almorzar fue somnolienta a caminar por el monte, y se clavó una espina, y estuvo mirando la tela de una araña, cuando volvió duraba la siesta y el sueño la vencía. Durmió diez minutos y ahora se viste un traje bueno. Alcira está malhumorada y no se atreve a interrogarla sobre las visitas.

Sale, y sentada en un banco mira sin pensarlas unas hormigas despojando un malvón.

Esas visitas deben ser la patrona con un médico o con una enfermera, una enorme enfermera de cofia dura y zapatos callados como vió hace años en el hospital.

La idea de verse libre vuelve a entristecerla. No la alegran ellos con sus manos ajenas que vienen a inmiscuirse y a manipular al silencioso que ocupa sus días.

Pero es sonsa al pensar en él como en un amigo. ¿Qué tiene en la cabeza? No es amigo sino carga. Es una carga, ya sabe que es una carga, pero ¿por qué depender de los otros, esos que vienen, hablan y resuelven con sus grandes caras de circunstancias?

Bueno, pero sea como sea, verse libre, verse libre de esto.

Cómo, ¿no dijo doña María que la policía lleva...? Las cosas escondidas no pueden hacerse de acuerdo con los patrones porque ellos no comprenden. Los patrones y los policías tienen ideas parecidas.

No. Se ha equivocado. ¿Cómo no recordó antes? Su madrina dijo que abortar —esa es la palabra— era peor que un crimen, porque es matar a uno que no puede defenderse. Aunque lo dijo hace tiempo vuelve a oírla: «¿Porque no conocemos su cara no nos duele matarlo?».

Entonces no viene con médico.

Ahora que lo sabe, una gran decepción la ahueca. Sin embargo, había resuelto defenderse de ellos. Peto por lo visto deseaba verse libre. Bueno. «La patrona lo va arreglar todo». Pero ¿y si no trae médico, qué va a arreglar?

De pronto sabe. Los labios se le apretan. Sabe, pero no hablará; no dirá nada. Va a traer al cura. Será inútil que vengan. Lo va a traer para que se confiese. Sí, pero se equivocan. Doña Mercedes y el cura, y ella saludando, y doña Mercedes dejándola sola para que se confiese, sí, pero ella no...

Bueno. Se confesará. Sí, y el pecado saldrá de ella.

Pero ¿y el otro? No va a salir, él, con una confesión.

A eso llama su madrina «arreglarlo todo».

Las hormigas han terminado con una hoja del malvón. Por la tranquera se oye el ruido del auto, y antes de pensar Nefer está de pie y corre al monte. Ve, entrecortadas de árboles, portezuelas y ruedas. Pasan y desaparecen cuando el ruido surge junto a la cocina.

Tiende el oído y es como si viera a su madre empolvada y gorda, torciendo el rostro para saludar al cura. Ah, tener un caballo y escapar para siempre. Apoya la mejilla en un árbol y espera.

Pero don Pedro ha de estar allí, sentado cortésmente y deseando que Nefer aparezca. Para que pase tiempo antes de decidirse, mira las ramas. Por él, va a ir.

Las manos se le humedecen cuando se acerca. Quiere oír sin ser vista la voz de su madrina como un borbotón agrio, la de su madre vuelta meliflua, la del sacerdote sobre todo, la voz del sermón que golpeaba los muros de la capilla.

Pero no hay voz de cura y la cocina está callada. La patrona dice de pronto:

—¿Y qué opina del tiempo? ¿Lloverá?

Alguien contesta algo. Otro silencio pasa, y doña Mercedes vuelve a hablar:

—¡Qué lindo almanaque! Antes había uno con una ciclista horrorosa. Éste me gusta mucho.

—Ah, sí —dice la madre—; éstos los regala la semillería, los regala.

—Ah... Y dígame, doña María, estas cocinas, ¿dan resultado?

—Y... sí señora... son buenas, son... cómo no... A mí me anda muy bien.

Una voz nueva dice, gruesa de tabaco:

—Estas chimeneas son las mejores. Tienen un tiraje... Si me permite voy a mirarla...

No conoce esa voz. ¿Será el médico? El cura no es. Siente miedo; tal vez vengan a buscarla para ir a un hospital con rejas y paredes grises.

La voz dice a su espalda:

—Buenas...

Al volverse sus ojos tropiezan con un pecho y suben hasta la cara donde el bigote reina. Tarda un instante en reconocerlo.

Nicolás, el que trabajaba en las vías del tren, tiende una mano torpe:

—Qué decís...

—Bien...

Hay un silencio y él indica el techo:

—Salí a mirar la chimenea...

El gesto se le queda, a medias. De pronto dice:

—Qué milagro, ¿no? Lo que es la vida...

—¿El qué?

—Y... que nos encontremos hoy, después de tanto tiempo...

Nefer levanta los ojos y descubre la mirada de él recorriéndole el vientre. Como un golpe, la noche, el olor a vino, los jadeos, vuelven a ella. No es recuerdo sino revida que la inunda.

Él dice con la gruesa voz apresurada:

—Oíme...

—Estás segura de que soy yo, ¿no? Porque si no... ¿Estás segura?

Nefer se encoge de hombros. Por un instante está tentada de fingir que ignora a qué alude. ¿Cómo lo sabe, él? Pero contesta sin mirarlo:

—¿Y si no...?

Luego de un silencio el hombre ríe:

—Hay que ver... Lo que es la vida... —y escupe.

Nefer siente el calor del sol en el vecino techo de paja. Murmura:

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Quién nos iba a decir a nosotros... que muy pronto... muy pronto, ¿no?... nos casábamos... ¿Quién iba a decir?

Nefer levanta los ojos y recorre los pómulos rojizos, la frente, los bigotes caídos. Él apoya una mano en la pared.

—Si sos buena y hacendosa, a mí no me importa. Yo soy un tipo bueno, también. A veces me enoja, pero se me pasa... Ya sabrás, ¿no? Yo estoy trabajando de carnicero allá, meta cuchillo, meta serrucho. No vas a poder ser delicada porque a veces tengo los brazos encastrados hasta acá... Pero la cuestión es que allá estamos en el pueblo, y al final vas a estar mejor que acá... Pero, que sos piba, ¿eh? Quién iba a pensar... Y bueno, ché, hay que perdonar, el vino es el vino... Y al final, al final, tan mal no lo habrás pasado, ¿eh?, digo yo...

Guiña el ojo riendo y se rasca la nuca.

—Pero... ¿quién iba a decir...? A mí, que toda la vida he sido loco por las mujeres grandotas, rubias, me viene a pasar esto. Hay que ver... Me caso con una chiquilina morochita. Es un misterio...

La madrina se acerca guiñando los ojos al sol.

—Nefer... Pero ¿qué? ¿Se encontraron aquí? ¿Por qué no entran, que hace calor?

En la cocina no está más que su madre, que ceba el mate y se lo alarga a Nicolás:

—Sírvase.

—Perdone, señora, ¿es amargo?

Doña María enrojece porque su homenaje de azucararlo queda proclamado:

—No... Dulce, es.

—Ah... entonces sí, porque yo, no sé por qué será, pero el mate lo tomo dulce. No soy criollo de ley en eso...

Lanza una carcajada y sorbe con ruido.

—Nefer, querida —dice la madrina—; ¿por qué no buscás a tu padre, que quiero hablarle?

Camina con lentitud y el perro la acompaña. No tiene voz para llamar y busca con los ojos.

En la penumbra del galpón don Pedro saca tientos: sujeta la lonja con una mano y el cuchillo saja el tiento que se riza como una raicecita blanca.

—¿Qué hacés? —murmura Nefer.

—Trabajando, parece...

—Ahí te llaman...

—Me llaman.

—Sí, doña Mercedes...

—Ajá.

Don Pedro observa el tiento y empieza con otro.

—Habrá que ir, entonces...

Nefer se pregunta si estar  enterado.  l arrolla en la mano los tientos, los guarda y hace un suave gesto de resignación.

—Habrá que ir yendo, no más...

XI

Mira, fláccido en la percha, el vestido que Luisa le ha mandado, blanco y rozado de usos. Después observa a su madre que llena con ropa nueva y vieja la valija, y a su hermana disponiendo la blusa fulgurante.

En el aire azul gira el molino.

Nefer desdobra un papelito. Es tan grande la letra de su madrina que la carta parece hablar a gritos:

«Yo estaré allí. Recuerda que el matrimonio es un sacramento. Si quieres confesarte, el padre es muy bueno y ya he hablado con él...».

Cuando se pone el vestido trata de no verse en el espejo. La madre hilvana y con un cinturón ancho intenta acomodarlo a su medida, pero el ruedo cosquillea sus piernas demasiado abajo.

—No pongás esa cara. No seas pavota. La moda es la ropa larga, y la tela tiene una calidad...

El cuello le surge desamparado y oscuro.

Después camina sin rumbo por el sol. Mira el tordillo somnoliento en el corral y la gran llanura temblorosa donde chillan los teros. Juan llega al trote y al saludar desvía los ojos del vestido.

—Tomá —dice—; no tengo otra cosa.

Es un botón de plata en forma de margarita.

—No —murmura Nefer—. Tomalo. Es de tu cinto.

—No le hace. Es un regalo. Llévatelo.

Nefer mira la flor que reluce en su mano.

—Es el único regalo que me gusta...

—¿Qué más te dieron?

—Este traje y un juego de pocillos.

—No la pierdas. Chau.

Talonea el caballo y va a partir, pero vacila y se detiene.

—Bueno —dice—. Buena suerte. Chau, ché.

—Chau.

Con la flor apretada en la mano vuelve hacia la casa. Don Pedro, endomingado, está diciendo:

—Si quieren llegar al tren tenemos que irnos.

Piensa que es muy alta la rueda para trepar con estas piernas que el cansancio apesadumbra. El sol hace brillar la blusa nueva de Alcira.

Ir en el carro es como volar bajo: el campo se ve de arriba mientras las tablas suenan. Don Pedro lleva las riendas en las manos inertes; a su lado va Nefer impasible. Olorosa a polvos, la madre recoge los pies y suspira, y más atrás, deslenguado y jadeante, Capitán se detiene a trechos a beber en las zanjas.

Frente al boliche dormita el caballo del Negro.

Nefer no mira. Mira sus manos sobre el vestido blanco que el polvo nubla.

Cuando el tren llega a la estación, su madre la empuja y trepa resoplando. Desde otro asiento, un hombre saluda a don Pedro, que se acerca a conversar. Su voz se funde con la del tren, pero algunos

trozos de charla llegan a Nefer.

—Yo pensé: si vendo, salgo perdiendo, así que más vale siembro ahora, y después de la cosecha ya veremos...

Nefer mira la tapa de su valija, el llano desplegado tras el vidrio sucio.

—La cosecha. Todas las cosechas las veré casada.

Enfrente, su madre se ha dormido.



SARA GALLARDO (Buenos Aires, Argentina 1931-1988). Su primera novela *Enero* (1958), situada ya en la «América salvaje, imposible de catequizar» que sería el escenario de todos sus relatos, le valió un inmediato reconocimiento de la crítica, y fue traducida al checo y al alemán. Siguió con las novelas *Pantalones Azules* (1963), y *Los galgos*, (1968), que obtuvo un gran éxito de público, el Primer Premio Municipal y Premio Ciudad de Necochea con un jurado compuesto por Leopoldo Marechal, Aldo Pellegrini y Juan Carlos Ghiano. *Eisejuaz* (1971), alucinado monólogo de un indio matakó en busca de la santidad, y los relatos de *El país del humo* (1977) son habitualmente considerados sus obras maestras, sobre el camino luminoso de Juan Rulfo o Mario de Andrade. *La rosa en el viento* (1979), su último libro, fue escrito en España, primero de una serie de países por los que erró, junto a sus hijos, hasta el fin de su vida. Escribió una monumental y atípica obra periodística, para *Confirmado*, *Primera Plana* y otras revistas durante los años sesenta y setenta, y luego para *La Nación*, de la que fue corresponsal en Europa. Publicó los relatos infantiles: *Los dos amigos* y *Teo y la TV*, ambos de 1974, *Las siete puertas*, de 1975, y *¡Adelante, la isla!* (1982) que incluye un breve texto autobiográfico. Desde la inclusión de *Eisejuaz* en la Biblioteca de Clásicos Argentinos, que dirigió Ricardo Piglia, y después de un largo olvido, su obra ha sido redescubierta y revalorada como uno de los hitos más originales e intensos de la literatura argentina del siglo XX.